



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

El Dios de la Alianza camina con su pueblo

MEMORIA DE BACHILLER EN TEOLOGÍA

Presentada por:

Fr. Marcos Augusto de Andrade Alexandre, op

Dirigida por:

Dr. Manuel Ángel Martínez Juan, op

VALENCIA 2020

INTRODUCCIÓN

En la elaboración de esta memoria de bachiller he elegido la categoría «Alianza» como hilo conductor para presentar los puntos principales de cada tratado teológico estudiado en este ciclo, pues a partir de ella se logra una presentación ordenada y profunda de la economía de la salvación.

La categoría «Alianza» permite también presentar toda la historia de la salvación como un diálogo constante entre Dios y el hombre, pues la salvación no se trata de una imposición divina sin más, sino que Dios quiso hacer partícipe a su criatura en la obra de salvación, por eso también la quiere escuchar y entablar un diálogo fecundo con ella. La iniciativa siempre es de Dios, pero Dios pide al hombre una respuesta.

La importancia de esta categoría resulta patente en la misma historia de Israel, pues la alianza se convierte en el centro, modo, medio que Dios eligió para relacionarse con su pueblo. A través de la «Alianza», Dios mismo expresó su amor y cercanía al pueblo elegido, y a través de él a toda la humanidad.

Los israelitas fieles no dudaron de que Dios estuvo siempre cerca de su pueblo y de que caminaba a su lado, de modo especial en los momentos más difíciles de su historia. En su pedagogía insondable, Dios tomó de la mano a este pueblo en el que se encarnó para hacer llegar su salvación a toda la humanidad.

El tema sigue teniendo una gran actualidad, pues la alianza no solo ha sido renovada por Cristo con su propia sangre, sino que se perpetúa en la historia de la humanidad hasta nuestros días. Dios nos sigue invitando como Iglesia y de forma personal a entrar en su alianza de amor por medio de su Hijo Jesús, quien selló esta alianza.

Esta imagen de la alianza nos permite desarrollar una perspectiva relacional y dialógica a la hora de pensar nuestra relación con Dios. El amor de Dios por nosotros es inmenso y Cristo reveló su magnitud al amar a su Iglesia y a la humanidad.

El tema de la alianza brindará una visión amplia y de conjunto de la economía de la salvación, lo que, seguramente, jamás agotará la

grandiosidad de ese evento impar en la historia de la humanidad. El Dios apasionado por la humanidad se desborda de amor en favor de ella para que la obra de sus manos no se quede inacabada (cf. Sal 137,8) ni se pierda o fracase.

El *método* que vamos a seguir consiste en estudiar los principales tratados de la teología a la luz de la categoría Alianza. En este estudio hemos tenido en cuenta, en primer lugar, la Escritura, los estudios de carácter bíblico, varios manuales de teología, los documentos del magisterio y otros libros y artículos centrados sobre el tema de la alianza.

Hemos dividido este estudio en diez breves capítulos: los tres primeros se refieren al tema de la alianza en el AT, el cuarto se centra el NT y en la Cristología; el quinto habla de la Trinidad, y los restantes capítulos versan respectivamente sobre otros grandes tratados de la teología: la Eclesiología, la Antropología, la Mariología, la Liturgia, los Sacramentos, la Moral y la Escatología.

Bajo la categoría de Alianza se resaltan en estos tratados teológicos unos elementos e ideas que no sobresaldrían tanto si hubiéramos adoptado otra perspectiva, lo que nos ha parecido muy enriquecedor.

1. Las primeras alianzas de Dios, desde Noé hasta Abrahán

1.1. Creación e imagen de Dios

Dios creó al hombre libremente y así podemos decir, desde una mirada pascual, que la creación es el desbordar del infinito amor de Dios, que creó al hombre para que pudiera participar de su vida divina, para ser divinizado, es decir, para que pueda alcanzar la bienaventuranza. En Dios mismo se encuentra el origen y el fin de la vocación divina del hombre.

Los relatos de la creación que vemos en el libro del Génesis son «una manera de confesar a Dios como el origen de todo, que a la vez quiere ser meta última, como el creador que a la vez quiere ser redentor y consumidor de todo»¹.

Como si se tratara de un alfarero, Dios imprime en la creación su marca; la creación recibe un sello tal, que quien la ve puede reconocer quién la creó. De esa manera, la misma creación se convierte en un medio para el conocimiento de Dios, «pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre por analogía al creador» (Sab 13,5). También el Concilio Vaticano I se manifestó de esa manera: «La Santa Madre Iglesia, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas»².

El primer relato de la creación que encontramos en la Biblia, el relato sacerdotal (cf. Gén 1-2,4a) es, a la vez, un texto antropológico y cosmogónico. Una primera pregunta que tenemos que hacer es cuál es la clave de lectura que debemos utilizar para obtener una correcta interpretación del texto³. Podemos utilizar una clave histórica para descubrir lo que el autor sagrado tenía en mente a la hora de poner por escrito este relato. Pero también es legítimo –siguiendo a san Pablo– hacer una lectura cristológica, porque «como cristianos leemos la Sagrada

¹ Th. SCHNEIDER, *Manual de Teología dogmática*, 172.

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, 36.

³ Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 21.

Escritura con Cristo»⁴, pues el origen ya apunta para el fin, es decir, en la protología ya se contiene el anuncio de la escatología, y viceversa. En todo caso es claro que tanto para el autor sagrado como para nosotros el relato busca transmitirnos un mensaje de fe.

Se puede decir que «la originalidad se emplazaba en otro nivel: con sus versiones, los hagiógrafos se afanaban por tender un puente entre todas aquellas viejas creencias populares, que se dan cita en sus escritos, y la fe en Yahvé»⁵. El entorno del pueblo de Israel, que ya tenía sus creencias y cosmogonías propias, es crucial para que también se entienda el sentido y el mensaje que los hagiógrafos quisieron transmitir en el relato de la creación.

Podemos destacar al menos cuatro puntos importantes en el relato de la creación. En primer lugar, se subraya que Yahvé es el dueño y señor de la historia, pues al crear y dar vida a los seres, Él también crea la historia, la conoce y no la abandona. Dios no es el relojero que tan solo pone en marcha un reloj y luego se despreocupa, sino que se implica totalmente con el mundo que ha creado, convirtiéndose, en cierto modo, en peregrino y caminante. Dios empieza una historia a cuatro manos. De esa manera, todo lo creado también tiene un fin; la historia y el tiempo no son eternos, sino que habrá un momento final. Esto constituye, al mismo tiempo, una afirmación de la unicidad de Dios y de su superioridad frente a los demás dioses (cf. Dt 6,4. Ex 18,11. Eclo 43,28).

En segundo lugar, el relato resalta la omnipotencia y la bondad de Yahvé que crea de la nada y por medio de su palabra (*dabar Yahvé*). No hay intermediarios en esa obra de la salvación. Por eso, «el Universo no es una lucha de fuerzas oscuras, sino Creación de su Palabra»⁶. Después de cada día de la creación se repite, como si fuera un mantra: «y vio Dios que era bueno».

La omnipotencia y bondad de Dios también se ven reflejadas en la superioridad que tiene Yahvé frente a los demás dioses de aquel entorno. En su acto creador en siete días, vemos también un ritmo litúrgico-cultural. Como afirma J. Ratzinger: «la Creación se ha hecho con el fin de ser un espacio de adoración. Y ella se cumple y se desarrolla correctamente cada vez que de nuevo existe para la adoración. “*Operi Dei nihil praeponatur*” dijo en su Regla San Benito: “Nada debe anteponerse al servicio de Dios”»⁷. De ahí el cuidado y seriedad con que hay que tratar la creación; maltratar al hombre es maltratar la propiedad de Dios (cf. Gén 9,5).

⁴ J. RATZINGER, *Pecado y Creación*, 45.

⁵ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 23.

⁶ J. RATZINGER, *J. Pecado y Creación*, 49.

⁷ *Ibíd.*, 51.

En tercer lugar, el relato subraya que la creación y la omnipotencia de Dios están a servicio de la alianza, por eso Yahvé no se identifica con ninguna de las criaturas o eventos de la naturaleza, pero recurre a ellos para encontrarse, hablar y dirigirse a su pueblo (cf. 1Re 19,11-13. Ex 13,21-22). En un primer momento parece ser que la omnipotencia de Dios sería la tónica de la historia y de la Economía, pero mirando más detalladamente la historia de Israel y el mismo relato de la creación, nos daremos cuenta de que lo que sobresale es la bondad divina. A este propósito afirma Ruiz de la Peña: «Antes de formular una doctrina creacionista expresa, Israel se apercibió reflejamente de que su Dios se había creado un pueblo gratuitamente, de la nada»⁸.

Un cuarto y último punto tiene que ver con la relación directa y explícita que hay entre el Éxodo y la creación. De hecho, el Éxodo se convertirá en la nueva creación del pueblo de Israel, y también en la fiesta más importante para aquel pueblo, pues en ella Dios firma una nueva alianza con su pueblo y le da una tierra que mana leche y miel.

Hemos visto, por tanto, que no cabe «hablar de la creación del mundo por Dios como algo neutral, sin relación con la historia de salvación que culmina en Cristo»⁹. Una vez más repetiremos con J. Ratzinger: «como cristianos leemos la Sagrada Escritura con Cristo».

En el sexto día de la creación, Dios crea al hombre, la humanidad, como corona y ápice de su obra creadora. Como afirma Ruiz de la Peña: «Adán es la coronación de la obra creativa divina; las demás criaturas son para él, con la misma verdad con que él es para Dios»¹⁰. Según el segundo relato de la creación, Adán fue modelado del barro, lo que quiere significar que él no es un Dios; los hombres también son criaturas de Dios, seres limitados, finitos. El mismo texto sagrado refuerza esa idea repitiendo por tres veces que el hombre es criatura: «Y Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó» (Gén 1,27).

Hay que subrayar que el ser humano es una criatura que tiene algo diferente de las demás: es el único que fue creado a la imagen y semejanza divina, imagen que no es perfecta, sino semejante a la de Dios, como nos explica el doctor angélico¹¹; por eso, él es «capaz de conocer y amar a su creador»¹².

⁸ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 26.

⁹ L. F. LADARIA, *Introducción a la Antropología Teológica*, 44.

¹⁰ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Imagen de Dios: Antropología teológica de la creación*, 48.

¹¹ *STh.*, I, q. 93, a. 1, ad 2.

¹² LG 12.

El hombre cobra vida cuando «Dios le insufla su aliento en la nariz. La realidad divina entra en el Universo»¹³. De esa manera, el hombre se convierte en el único ser de la creación que posee la transcendentalidad; «el ser-imagen-de-Dios significa sobre todo que el hombre no puede estar cerrado en sí mismo»¹⁴; con eso el hombre recibe una capacidad divina genuina: la relación. «Por eso, ser-imagen-de-Dios significa también que el hombre es un ser de la palabra y del amor; un ser del movimiento hacia el otro, destinado a darse al otro, y precisamente en esta entrega de sí mismo se recobra a sí mismo»¹⁵.

Esa relación no solo dice respeto en relación del hombre para con Dios, sino también en su relación horizontal con los demás hombres; por eso Dios no creó al hombre solo, sino hombre y mujer (cf. Gén 1,27); es decir, el hombre posee una «socialidad como relación de igualdad»¹⁶. «El tú no está ahí para limitar, sino para cumplir al yo: eso es lo que el hombre tiene que aprender en su relación interhumana, para poder luego comprender análogamente su relación al tú divino»¹⁷.

El hombre es imagen de Dios, y fue llamado a «reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8,29), pero le queda asumir la semejanza a su creador, y esta será su labor en la tierra: alcanzar el proyecto divino haciéndolo proyecto personal y comunitario de vida.

1.2. Pecado de los orígenes y desarrollo de la violencia en la historia humana

La Constitución pastoral *Gaudium et Spes* del concilio nos ofrece un denso texto que recoge una síntesis de los primeros estadios de la historia de la salvación:

Constituido por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, persuadido por el Maligno, abusó de su libertad, desde el comienzo de la historia, levantándose contra Dios e intentando alcanzar su propio fin al margen de Dios. [...] Negándose con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompió además el orden debido con respecto a su fin último y, al mismo tiempo, toda su ordenación en relación consigo mismo, con todos los otros hombres y con todas las cosas creadas (n. 13).

¹³ J. RATZINGER, *Pecado y Creación*, 69.

¹⁴ *Ibíd.*, 72.

¹⁵ *Ibíd.*, 73.

¹⁶ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Imagen de Dios: Antropología teológica de la creación*, 48.

¹⁷ *Ibíd.*, 49.

Luego después de la narración de la creación, la Sagrada Escritura nos presenta el relato de la caída. Adán y Eva pecaron porque quisieron ser como Dios en el conocimiento del bien y del mal (cf. Gén 3,5), desconfiaron de Dios y de su palabra, deformaron en su corazón la imagen de Dios. Dejaron de mirarlo como un padre amoroso para ver solo en él un déspota celoso de sus privilegios. Es la primera vez que el hombre rompe con Dios por la desobediencia, abusando de su libertad, y así vemos que «desde el primer instante la gracia y el pecado han sido las coordenadas que han enmarcado el ser del hombre en su relación con Dios»¹⁸.

Después de esta desobediencia, viene el castigo de Yahvé (cf. Gén 3,14-24): Adán y Eva «pierden inmediatamente la gracia de la santidad original. Tienen miedo de Dios de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas»¹⁹. Fueron expulsos del paraíso, y ahora tienen que caminar para, ayudados por el mismo Dios, tejer una verdadera imagen de su creador y de sí mismos. Pero Dios no los abandonó a su suerte. Les prometió que la descendencia de la mujer vencería el poder del mal.

La humanidad camina asistida por la gracia y la Providencia divinas. El Dios creador y el Dios que establece una alianza con los hombres desde el principio no es diferente del manifestado siglos más tarde en su Hijo Jesucristo. Este llevará a cabo la Nueva y definitiva Alianza de Dios con la humanidad. Con la pedagogía divina tanto la imagen de Dios como la del hombre van siendo trabajadas, manifestadas, reveladas²⁰. El hombre irá conociendo cada vez mejor a Dios e incluso a sí mismo.

El pecado pone en marcha un ciclo de violencia entre los hombres que va creciendo poco a poco, empezando con el fratricidio de Caín, relatado en el capítulo tercero del Génesis, hasta tomar proporciones que hacen que Yahvé se arrepienta de haber creado al hombre en la tierra y que envíe un diluvio con el objetivo de renovarla, limpiarla del pecado, y establecer una nueva humanidad renovada (cf. Gén 6,5-8).

La Biblia hace notar que cuanto más fuerte es la violencia humana, menos tiempo viven los hombres sobre la tierra; ya no llegan a edades centenarias de los primeros antepasados.

La teología ya se preguntó por si habría necesidad de la encarnación de Cristo si el hombre prelapsario no hubiera pecado; en otras palabras, se preguntaba por si aquella «gracia o amistad originaria del hombre con Dios era ya gracia de Cristo»²¹. Esa pregunta, en realidad, atañe a la cuestión

¹⁸ L. F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*, 33.

¹⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 399.

²⁰ Cf. GS 22.

²¹ L. F. LADARIA, *Introducción a la Antropología Teológica*, 106.

sobre el sentido y finalidad de la encarnación de Cristo. Esta es sin duda una pregunta difícil de responder y las respuestas que se han dado son a veces opuestas.

Hay que resaltar que el pecado ha «hecho perder al hombre los bienes sobrenaturales y estos dones preternaturales. No así los naturales, que, aunque afectados por el pecado, han quedado sustancialmente íntegros»²²; la bondad, la belleza y la verdad, aunque afectados, permanecen íntegros en el hombre. El pecado afecta al hombre *totus, sed non totaliter*, es decir, a todo el hombre, pero no lo afecta en su raíz.

Este pecado de Adán crea en el mundo una estructura de pecado, una *hamartía*, como lo entiende Pablo, a la que se llama también concupiscencia, que pasa a afectar a todos los hombres en todos los tiempos; la humanidad, mientras camina en este mundo, está inclinada al pecado, a la desobediencia, al orgullo, a romper una vez más la amistad con Dios y rechazar libremente su amor, su salvación. El pecado es el rechazo del plan divino, del proyecto de Dios. Este pecado, que fue el rechazo libre de la gracia original, la teología lo llama pecado original.

El hombre que rechaza a su creador y al plan divino, camina en medio de las tinieblas. El mal que crecía en la tierra y en el corazón del hombre (cf. Gén 6,5) era la consecuencia de una vida vivida lejos de Dios. Este mal no tiene una identidad óptica, sino más bien moral.

1.3. Alianzas con Noé y con Abrahán

«Noé era un hombre justo e íntegro entre sus contemporáneos» (Gén 6,9). Tras el arrepentimiento de Yahvé en haber creado al hombre, y tras su decisión de borrar de la tierra al hombre que creó y también los demás seres creados, Noé es quien obtuvo el favor del Señor por la vida que llevaba: justo e íntegro; en otras palabras, era fiel a Yahvé.

Una vez más lo que se pone de relieve es la bondad de Dios que elige a Noé como aquél que restaurará la humanidad. En el *Catecismo de la Iglesia Católica* podemos leer las siguientes palabras a este propósito: «una vez rota la unidad del género humano por el pecado, Dios decide desde el comienzo salvar la humanidad a través de una serie de etapas. La alianza con Noé después del diluvio expresa el principio de la Economía divina con las “naciones”» (n. 56). Los peligros de la idolatría y del politeísmo estarán presentes en esa economía aún no definitiva, y se configurarán como un retroceso, como una vuelta al paganismo (cf. *ibíd.*, n. 57).

²² ID., *Teología del pecado original y de la gracia*, 34.

Las etapas que Dios se propuso para salvar a la humanidad constituyen toda una pedagogía divina. Dios va caminando con la humanidad y revelándose, ayudándola también a conocerle mejor y a amarle más.

Con Abrahán, Dios inicia un segundo momento en la Economía divina. Lo llamó de Ur de los Caldeos y le pidió un compromiso: la fidelidad; le hizo unas promesas: una tierra; acompañarle siempre; bendecirle a él y a su descendencia; también estableció un símbolo, una señal visible de esa nueva alianza, con Noé había sido el arco iris, con Abrahán es la circuncisión. Como todo pacto, también este concluyó con la ofrenda de un sacrificio. «Abrahán es el padre de los creyentes porque ha tenido confianza en Dios, se ha abandonado a él, en una palabra, ha creído»²³.

Con Abrahán, Dios elige a un pueblo de entre todos los pueblos de la tierra, es más, le promete hacer de él una gran nación (cf. Gén 12,1-3). No se trata de una elección que excluye a los demás porque Dios no los quiera, sino que, dentro de la pedagogía divina, Israel será el pueblo que las demás naciones tomarán de ejemplo (cf. Is 42,4; 45,18-25; 49,1ss.; 55,3-5); Israel «será luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra» (Is 49,6). Por tanto, cuando llegue el momento oportuno, Dios injertará a los demás creyentes en ese pueblo (cf. Rom 11,24).

Como dice L. F. Ladaria, «junto a la idea de la elección hallamos la del pacto, la de la alianza de Dios con Israel al que hace su pueblo»²⁴. Una gran diferencia con respecto a otros personajes anteriores consiste en que Abrahán pasa a ser un interlocutor de Yahvé; le cuestiona, le habla, establece con él un diálogo.

Otra gran diferencia en el pacto con Abrahán se refiere al sacrificio. Para poner a prueba la fidelidad de Abrahán, Dios le pide a su hijo primogénito Isaac como ofrenda. Abrahán, en su fidelidad a Dios, atiende con todo el dolor de su corazón esta petición, pero es sorprendido por un enviado del mismo Dios que le detiene para que no haga daño al muchacho, pues ya había probado que temía al Señor (cf. Gén 22,1-12).

Nos encontramos aquí con un dilema entre la ley de sacrificar al primogénito, que aún existía en el tiempo de Abrahán, y la Alianza hecha con Yahvé, pues si Abrahán hubiera sacrificado a su primogénito estaría imposibilitando el cumplimiento de la promesa de Dios que versaba sobre una descendencia numerosa como las estrellas del cielo (cf. Gén 22,17). «La solución a este dilema aparece con la intervención del ángel del Señor. Delante del altar, donde se inmolaría Isaac, Abrahán comprende que la Alianza con el Señor es más importante que la misma ley. Abrahán decide por la Alianza, desobedece la ley. Isaac y su descendencia están salvados y

²³ L. F. LADARIA, *Introducción a la Antropología Teológica*, 137.

²⁴ ID., *Teología del pecado original y de la gracia*, 143.

se marchan a Bersabéia. Prevalece la Alianza del Señor, la Alianza con el Dios de la vida»²⁵. La novedad es que en esta nueva alianza Dios no quiere que se derrame sangre humana. Yahvé se presenta distinto de los demás dioses, pues es el Dios de la vida, y no quiere la muerte.

²⁵ F. E. SURIAN, *Teologia da aliança e sua relação com a dignidade humana*, 48 (la traducción del portugués es nuestra).

2. La Alianza del Sinaí

La alianza del Sinaí es la cuarta etapa en la historia de la salvación. Aquí Dios hace su alianza directamente con el pueblo de Israel, su pueblo elegido, lo que se configura como un dato nuevo, pues hasta entonces la alianza firmada era con una persona en concreto²⁶. Pero hasta llegar este momento, Dios levantará a un siervo suyo para que prepare a este pueblo que se encuentra esclavizado en Egipto; primero hay que libertarlos, pues Dios «no puede ligarse a un pueblo de esclavos»²⁷; la libertad de uno es fundamental para que se pueda fijar una alianza. Dios les rescatará de Egipto por medio de Moisés.

Moisés era pastor, y un día, mientras trashumaba el rebaño de su suegro Jetró, Dios lo sedujo hablándole desde una zarza ardiente que no se consumía, y entonces le llamó y se presentó a él (cf. Éx 3,1-6). Es muy importante resaltar que Dios le pidió a Moisés que hiciera justamente lo que estaba haciendo en ese momento con el rebaño de su suegro, pero ahora no con un rebaño sino con el pueblo de Israel; es decir, Dios le pidió a Moisés que pastoreara a este pueblo, primero sacándolo de la esclavitud, y que lo guiara como un pastor guía a su rebaño a ricos pastizales.

Dios llamó a Moisés para que cooperara en la liberación de este pueblo de la esclavitud. Dios mismo se dirige a Moisés diciéndole: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel» (Éx 3,7-8).

El poder, la grandeza y la bondad de Dios están con Moisés, y se revelan por medio de los signos y portentos (cf. Éx 7-11) que va realizando a lo largo del camino propuesto. En la cumbre de estos signos y portentos de Yahvé, está la celebración de la Pascua, la salida del pueblo de Egipto y el paso del mar rojo a pie enjuto.

²⁶ W. T. NELSON, *Diccionario Ilustrado de la Biblia*, 967.

²⁷ B. RENAUD, *La alianza en el corazón de la Torá*, 23.

La Pascua, que en un principio era una fiesta anual de los pastores, pasa a significar para pueblo de Israel el paso de Yahvé por la historia para salvar y librar a su pueblo. Su gran significado y valor se ve reflejado en las prescripciones y en los ricos detalles del rito pascual que se narran a lo largo de los capítulos 12 y 13 del Éxodo.

En el camino rumbo a la meta, el pueblo va sufriendo fuertes pruebas que provocan un aumento de la desconfianza ante Dios, pero Moisés intercede por ellos y Yahvé les consuela. La primera dificultad fue la de la sed. En Mará encontraron agua amarga. Viene el desánimo y la murmuración. Entonces Dios le pide al pueblo solo una cosa: obediencia a su Palabra y a sus leyes (cf. Éx 15,22-26).

La segunda dificultad es la falta de comida: «¡Ojalá hubiéramos muertos a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda la comunidad» (cf. Éx 16,3). Una vez más la bondad de Dios se les presenta, y del cielo hace llover el maná.

En todos los problemas que tiene la comunidad, Dios sale en su ayuda y solo le pide confianza y que guarde las leyes que durante el camino les va donando.

2.1. El anuncio de la Alianza con Israel

La alianza de Dios con su pueblo no es solo el escenario descrito en el capítulo 19 y 20 del Éxodo, sino que en realidad esa alianza ya viene siendo tejida desde su primer capítulo.

Los versículos de 2 hasta el 8 del sexto capítulo del Éxodo ocupan el centro de todo el relato de la liberación y narran la promesa de la alianza que Dios hará con su pueblo, sirviendo así de puente entre la alianza con Abrahán y la nueva que será celebrada en el Sinaí.

Pero para que se celebre una nueva alianza, la que está vigente tiene que ser concluida, «de tal manera que toda la epopeya del Éxodo, incluido el Sinaí, es percibida como el cumplimiento de la promesa a Abrahán»²⁸: la de la fecundidad, «pues la promesa de una fecundidad inaudita, encuentra su realización al comienzo del libro del Éxodo [1,5-7]»²⁹.

Se cumple la segunda promesa, pues Dios pasa a tener una relación directa y exclusiva con la descendencia de Abrahán, como se verá hasta el libro del Deuteronomio³⁰.

²⁸ *Ibíd.*, 25.

²⁹ *Ibíd.*, 23.

³⁰ Cf. *Ibíd.*, 24.

La última promesa de Dios hecha a Abrahán –la tierra– se cumple en el ya pero todavía no de la economía de la salvación. Dios les da la certeza de la posesión, lo que hace al pueblo ya poseedor de la tierra, ya tienen la garantía de la victoria, pero aún esta la tienen que conquistar. Esta tierra es el Reino de Dios que Jesús anunciará e instaurará de forma incoada en el mundo en sus días.

En el anuncio de esa nueva alianza, «Yahvé sintetiza el sentido de la alianza, que será el fundamento de un nuevo estatuto para Israel»³¹. Por medio de la obediencia a la alianza, Dios convertirá a Israel en su propiedad privada y en una nación santa y sacerdotal (cf. Éx 19,5-6).

F. García López, en su *Comentario a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, explica así el sentido de que Israel sea un pueblo sacerdotal y una nación santa, subrayando que su elección no es excluyente con relación a los otros pueblos, sino que tiene una misión más amplia:

La expresión «reino sacerdotal» subraya un rasgo que ha de distinguir a Israel respecto de las demás naciones: su función de servicio y de mediación entre Dios y los demás reinos. Análogamente a los sacerdotes, que ocupan una posición privilegiada ante el Señor respecto de la comunidad a la que sirven (cf. Is 61,6), Israel ocupará una posición singular en medio de las naciones. Será, en definitiva, una «nación santa» (cf. Dt 7,6; 14,2.21; 26,19; Is 62,12), separada para una misión especial en el mundo (p. 124).

En este anuncio, hay unos pasos previos. En un primer momento Dios eligió a un mediador: Moisés; «esta mediación es de tipo profético, como lo muestra el lenguaje empleado, su misión es una misión de palabra que tiene como objeto transmitir a los hijos de Israel el mensaje divino (“Dirás...”, 19,3b.6b; cf. 19,7), pero también referir a Dios el compromiso del pueblo (19,8b). Revela que la iniciativa es siempre de Dios»³².

Dios es quien siempre toma la iniciativa, como se puede ver en la recapitulación histórico-salvífica que Él mismo la hace (cf. Éx 19,4-6); su cariño, cuidado y protección son tantos que Dios expresa esta realidad recurriendo a la elocuente imagen del águila: Dios sacó a su pueblo de Egipto sobre alas de águila; esta imagen, desarrollada en Dt 32,11, evoca a una el poderoso vuelo del águila y los cuidados maternos con sus polluelos. La tradición judía la ha considerado como una magnífica expresión de la fe de Israel en su Dios, que no solo lo ha librado del opresor, sino que también lo ha educado y protegido³³.

³¹ F. GARCÍA LÓPEZ, *Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, 124.

³² B. RENAUD, *La alianza en el corazón de la Torá*, 31.

³³ F. GARCÍA LÓPEZ, *Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, 124.

En seguida Dios hace sus promesas y pide al pueblo la obediencia. El pueblo, a una, responde que harán todo lo que dice el Señor (cf. Éx 19,7); de ese modo, «el cumplimiento de la promesa descansa en la observancia de la Ley (“si guardáis mi alianza”))»³⁴.

2.2. La teofanía de Dios en el Sinaí

Tras el anuncio de la proposición de la alianza, el pueblo liberado se prepara, por medio de unos ritos de purificación, para el momento en que se presente ante Dios. Esa purificación prepara al pueblo para su participación en una celebración ritual: el encuentro con Dios siempre se da por medio de la comunidad convocada y reunida en asamblea, debidamente preparada y purificada.

En la historia de la salvación, Dios se revela y habla con el pueblo de dos formas: o a través de grandes figuras humanas –Abrahán, Moisés, Elías, etc.–, o directamente con el pueblo; «en el primer caso, Dios se manifiesta bajo figura humana, de ángel o de forma indeterminada; en el segundo, las apariciones de Dios suelen ir ligadas a fenómenos de la naturaleza»³⁵.

En el monte Sinaí, Dios recurrió a fenómenos de la naturaleza; el escenario descrito parece el de una liturgia, tanto es así que B. Renaud en su libro *La Alianza en el corazón de la Torá* describe las tres grandes liturgias en que Dios se va revelando: la liturgia sonora, la del fuego³⁶ y la de la palabra. «Lo real se mezcla con lo simbólico, lo natural con lo sobrenatural, en una especie de liturgia cósmica sobrecogedora, tremenda y fascinante»³⁷.

2.3. La entrega de la ley

La ley está en función de la alianza, «el cumplimiento de la promesa descansa en la observancia de la Ley (“si guardáis mi alianza”))»³⁸. La

³⁴ B. RENAUD, *La alianza en el corazón de la Torá*, 33.

³⁵ F. GARCÍA LÓPEZ, *Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, 127.

³⁶ Haciendo referencia a ese punto, así se expresa san Beda: «Cuando era el momento de proclamar la Ley, el Señor bajó en forma de fuego y humo. Con el esplendor de su manifestación Él iluminó al humilde, y por medio del humo denso del error, veló la vista del orgulloso». Tomamos el texto de J. T. LIENHARD, *La Biblia commentata dai Padri: Antico Testamento 2 – Esodo, Levitico, Numeri, Deuteronomio*, 161 (la traducción del italiano es nuestra).

³⁷ F. GARCÍA LÓPEZ, *Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, 128.

³⁸ B. RENAUD, *La alianza en el corazón de la Torá*, 33.

alianza es pura gracia, es un «acto mediante el que Dios elige, escoge un colaborador»³⁹.

Dios ha elegido al hombre por pura gracia y porque su naturaleza es amor, «casi se puede decir que aquí tenemos un contrato por adhesión»⁴⁰ por parte del hombre. Pero lo más importante es que en la alianza, Dios se va revelando, «no como un Dios omnipotente, trascendente, tres veces santo, sino como un Dios que se acerca al hombre, que se une a él como Emanuel. Y esta alianza en su sentido propio bien manifiesta qué es el Dios revelado»⁴¹.

Este Dios revelado entrega a su pueblo una ley que le servirá de guía. No se trata de un peso o de un castigo. Adán por la desobediencia rompe la relación con Dios, pero Dios en su bondad no lo hace lo mismo, y así el decálogo es un modo por el cual, aunque de manera muy imperfecta, Dios mantiene su relación con los hombres y les abre una vía para el diálogo y la reconciliación. De esa manera, el decálogo es un regalo de un Dios enamorado de un pueblo.

Hay una novedad que reside en el hecho de que Yahvé es quien entrega la ley a su pueblo: «esta concepción constituye un hecho insólito y excepcional respecto de las otras culturas y religiones del entorno de Israel. En las leyes del antiguo Oriente, los dioses nunca aparecen como autores del derecho, sino tan sólo como garantes. En el AT, en cambio, Yahvé es la fuente y el origen de la ley»⁴².

En la promulgación de esa ley (cf. Éx 20,1-17), hay 14 formulaciones imperativas, 12 en forma negativa y 2 en forma de mandamientos. Estos mandatos quieren restablecer los tres niveles de relación antes roto, abarcando toda la vida y enseñando cómo han de comportarse unos con otros; cómo han de vivir en sociedad, y cómo deben comportarse con respecto a Dios. Es verdad que hasta que no llegue Cristo, todas las alianzas en realidad no son definitivas, sino preparación y anticipo de la nueva y eterna alianza.

El decálogo es una ley unificadora de la vida humana: «en el decálogo se combinan la religión y la ética, la fe y la acción», es más, «el decálogo es el documento más notable de este aspecto ético de la religión y se puede decir que en el Sinaí se colocan las bases de la religión y de la ética al mismo tiempo»⁴³, lo que se configura en otra novedad de Yahvé frente al entorno

³⁹ J. ELLUL, *Il fondamento teologico del diritto*, 56 (la traducción del original es nuestra).

⁴⁰ *Ibid.*, 57.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² F. GARCÍA LÓPEZ, *Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, 129.

⁴³ *Id.* *El decálogo*, 14.

de Israel que solía fijar el origen de la ética y de la religión desde campos diferentes.

La Ley es pronunciada por la boca de Dios, por tanto, la Ley es la Palabra de Dios, lo que evoca el *dabar Yahvé*; la palabra de Dios, por tanto, tiene siempre el poder de crear, de restablecer, de fecundizar al corazón de aquellos que la oyen, la guardan y la viven con toda su existencia.

Esa palabra también refuerza la idea de que Israel es la propiedad personal de Dios; pero no es una palabra que oprime, sino todo lo contrario: la palabra de Dios es palabra libertadora, el decálogo no oprime ni disminuye al hombre ni su dignidad, sino más bien le libera para que sea lo que Dios destinó que fuera. La palabra de Dios libera a su pueblo de los falsos dioses, de los falsos profetas, de las falsas relaciones humanas. Porque el pueblo fue liberado surge una ética, y no al revés⁴⁴.

Israel se convierte en el oyente de la palabra de Yahvé, y en esa condición alcanzará las bienaventuranzas. Guardar los mandamientos se convierte en la tónica para el pueblo de Israel. Ser fiel a Dios y a sus decretos es lo que le hará alcanzar las promesas divinas, pero abandonar la idolatría y seguir firme por el camino con Yahvé no será tarea fácil para Israel. Varias veces Israel se olvidará de la alianza, será un pueblo de dura cerviz (cf. Éx 32,9.33,3-5), y se apartará de Dios; pero este no se cansa, y estará dispuesto a renovar siempre su alianza. «Se afirma constantemente en la Biblia que Dios está al lado del hombre, no contra él, sino a su favor. Eso es sin duda lo que la Biblia dice de más precioso sobre Dios»⁴⁵.

⁴⁴ Cf. *Ibíd.*, 53.

⁴⁵ G. DROLET, *Comprender o Antigo Testamento: um projeto que se tornou promessa*, 93.

3. La vivencia en la alianza a lo largo de la historia de Israel

Toda la historia de Israel está hecha de altibajos, de momentos en que Israel es fiel, guarda y vive los preceptos de Yahvé y con eso gana sus favores y bendiciones, y de momentos en que se aleja de Dios y cae en el pecado y en tribulaciones, pero Dios siempre está junto a su pueblo, lo reprende, lo educa, lo perdona y le tiende la mano una vez más; hay que subrayar que «la actuación de Dios es lo esencial»⁴⁶.

Yahvé es el único que conoce muy bien a su pueblo, y por eso puede adelantarse: «porque sé que eres obstinado, que tu cerviz es un tendón de hierro y tu frente de bronce, por eso te lo anuncié desde antiguo, lo proclamé antes de que ocurriera» (Is 48,4). Pero esa obstinación también es para que el pueblo gane las bendiciones de Dios, este pueblo que lucha con Dios –significado de la palabra Israel– lo hace a ejemplo de Jacob que pasó una noche entera luchando con el Ángel del Señor.

Dios eligió a cada ser humano desde los comienzos de la creación, por eso inició de momento una peregrinación junto a un pueblo elegido, Israel, y través de su pedagogía y bondad divina, revela que quiere salvar a todos. A este propósito G. Drolet afirma: «Toda la Biblia anuncia el mundo que Dios quiere realizar» (p. 89).

Israel se organizó de varios modos para que pudiese congregarse al pueblo en el seguimiento de Yahvé, por medio de patriarcas, jueces, monarcas, sabios y sacerdotes. Todos estos personajes fueron siempre la memoria viva de la alianza y de la misericordia de Yahvé. Tenían como obligación estar siempre recordando al pueblo la promesa que habían hecho con Yahvé. Estos jefes de Israel también eran, junto a los profetas y sacerdotes, los canales y vías por los cuales Yahvé hablaba directamente al pueblo.

⁴⁶ G. VON RAD, *El libro del Génesis*, 206.

3.1. Los Patriarcas

Abrahán, Isaac y Jacob fueron los tres grandes patriarcas de los orígenes de Israel, todos de Mesopotamia, donde vivieron como nómadas bajo las promesas de tierra y descendencia que Yahvé les había hecho⁴⁷.

No es muy fácil describir históricamente ese período en sentido que hoy se concibe el término historia. La intención de los textos sagrados no es presentar una descripción *ipsis litteris* de la realidad de los hechos, sino que estos textos, antes de todo, son relatos y frutos de una experiencia concreta del pueblo con su Dios leída a la luz de la fe.

Tampoco se podría excusar los textos sagrados de las verificaciones históricas, y a este respecto, así se expresa J. Bright: «con seguridad, la Biblia no necesita reclamar para sí inmunidad respecto de un riguroso método histórico; antes bien puede esperarse que resista la investigación a que son sometidos otros documentos de la historia»⁴⁸.

Estos textos primeros que hablan de los patriarcas reflejan, sin duda, que el gran desafío en este período era fiarse de las promesas de Yahvé en medio del contexto en que los patriarcas vivieron: muy ambiguo y conturbado política, religiosa y civilmente. Se trataba de fiarse completamente sin más garantía inmediata que la misma palabra de Dios.

Abrahán, padre de todos los creyentes, seguramente enfrentó muchísimos problemas, sobre todo al construir un altar a Yahvé a la vista de tantos otros altares paganos que había en el mismo lugar. G. Von Rad, comentando las dificultades enfrentadas por Abrahán y los demás patriarcas, dirá: «Yahvé no manifiesta la menor prisa por aclarar esta enigmática posesión del país, como cabría esperar que hiciera el Señor que dirige la historia»⁴⁹.

Lo que se puede concluir de la vida de los patriarcas es que Dios, por medio de sus promesas y alianza, quiere realizar los deseos y sueños que están en lo más íntimo de los seres humanos. Quiere hacer posible aquel séptimo día en descansó, en que no había fatigas, problemas, tristeza, pecado, mal y el miedo. Dios quiere reconquistar al hombre y darle la plenitud de vida.

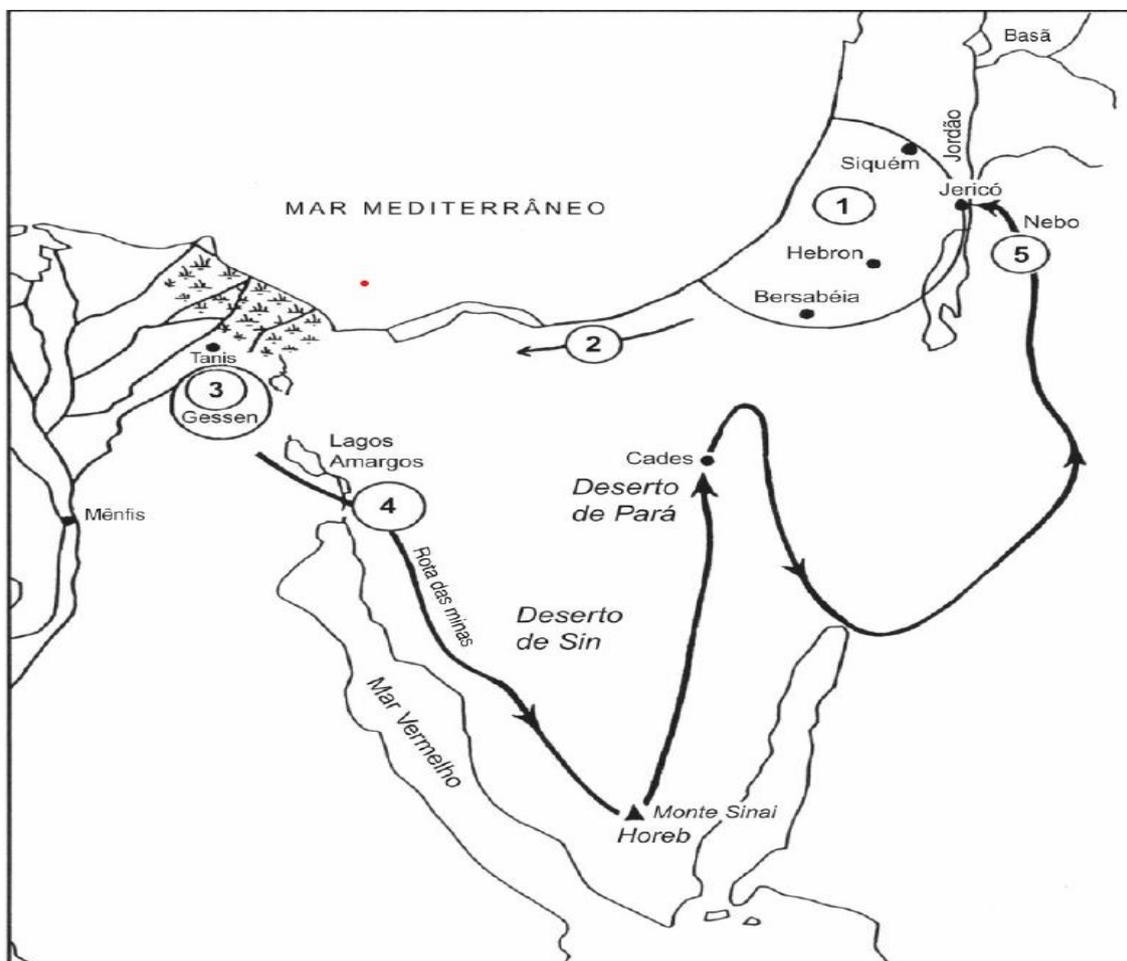
De Abrahán hasta Josué se narra cómo las tres promesas de Dios se van concretando hasta la posesión de la tierra prometida, y así concluye Josué: «Yahvé dio a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres» (21,43); «No falló ni una sola de todas las magníficas promesas que el Señor había hecho a la casa de Israel. Todo se cumplió» (Js 21,45; 23,14).

⁴⁷ J. BRIGHT, *La historia de Israel*, 107.

⁴⁸ *Ibíd.*

⁴⁹ G. VON RAD, *El libro del Génesis*, 202.

En el mapa que copiamos a continuación, tomado de la obra de G. Drolet⁵⁰, se puede ver todo el trayecto emprendido por el pueblo desde el primer patriarca hasta Josué:



Trayecto del pueblo de Israel desde Abrahán hasta Josué

- 1 – Abrahán Isaac y Jacob permanecen en tierra de Canaán.
- 2 – Jacob y sus hijos se trasladan a Egipto, donde José es ministro del Faraón.
- 3 – Los descendientes de Jacob y José permanecen en Egipto por cerca de 400 años, en el valle de Gesen.
- 4 – Salen de Egipto y atraviesan el desierto con Moisés, que muere en el monte Nebo.
- 5 – Con Josué regresan a la tierra de sus antepasados, entrando por Jericó.

3.2. Los jueces

Toda la misión desarrollada por Josué tenía el objetivo de conquistar la tierra prometida por Yahvé, que pasó a ser dividida en clanes y tribus, comandados por Jueces, que tenían poder militar y religioso; de esa

⁵⁰ Cf. G. DROLET, *Comprender o Antigo Testamento: um projeto que se tornou promessa*, 94.

manera, cada tribu gozaba de gran autonomía. Los jueces eran también líderes carismáticos, impelidos por el espíritu de Dios (cf. Jue 6,34).

Ellos tuvieron tan gran importancia y fama que Pablo, escribiendo a los Hebreos, se expresa en los siguientes términos: «estos, por fe, conquistaron reinos, administraron justicia, vieron promesas cumplidas, cerraron fauces de leones, apagaron hogueras voraces, esquivaron el filo de la espada, se curaron de enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazaron ejércitos extranjeros...» (11,32-34).

Ellos también tenían por objetivo central y más importante mantener y guardar la tierra que les había dado Yahvé de los demás pueblos que les querían quitárselas, por eso organizaban guerras santas y reunían al pueblo para esas luchas, como por ejemplo Débora, que, siendo juez y profetisa, obliga al juez Barac a organizar una guerra santa en contra de la unión de los reyes cananeos (cf. Jue 4-5). También estaban siempre preocupados de que el pueblo guardase los preceptos y mandatos de Yahvé, y eran anunciadores del Cristo que estaba por venir.

Lo que mantenía a todo el pueblo unido, a pesar de la gran autonomía que tenían las tribus, era la misma profesión de fe en Yahvé que todos compartían. Todas las veces que se apartaban de Yahvé, los cananeos les ganaban en las batallas y con eso el pueblo perdía parte de las tierras, le sobrevinían maldiciones, castigos y dificultades, pero cuándo se volvían al Señor y guardaban sus preceptos, ganaban a los cananeos y recuperaban la tierra y las bendiciones de Yahvé.

Cuando Israel terminó sus campañas, aún no había conquistado toda la tierra, de manera que los enemigos seguían con sus incursiones y casi llegaron a exterminar algunas tribus, como fue el caso de las tribus de Simeón y de Rubén. El poder y dominio de los filisteos crecían y amenazaban aún más al pueblo de Israel, lo que hizo caer el sistema tribal, y obligó a que el pueblo se unificase política y bélicamente.

3.3. La monarquía

El proceso de formación de la monarquía no fue muy tranquilo y muchos miembros del pueblo se opusieron, pues se trataba de «una institución totalmente extraña a la tradición israelita»⁵¹, pero al final se estableció la monarquía con la elección de Saúl como el primer monarca, seguido por David y después por Salomón.

Según una de las tradiciones, la petición de un rey partió de los ancianos del pueblo que querían ser como las demás naciones (cf. 1Sam 8,4-6). Eso

⁵¹ J. BRIGHT, *La historia de Israel*, 255.

no agradó a los ojos de Yahvé (cf. 1Sam 8,7-9), pero Yahvé mismo accedió a esta petición.

El relato de la elección de Saúl como rey parece tener dos versiones independientes⁵², una favorable a la monarquía y otra totalmente hostil. La primera (cf. 1Sam 9,1-10,16) relata que Saúl fue ungido en privado por Samuel en Ramá; el mismo Señor había hecho a Samuel la revelación de quien sería el ungido. Ya en el capítulo 11 se dice que Saúl fue aclamado rey por el pueblo después de ganar a Amón.

Estos relatos, diferentes uno del otro, reflejan las distintas experiencias que muchos tuvieron respecto de la monarquía. Unos vieron la mano de Dios actuando y otros no lo vieron del mismo modo, pero ambas visiones se muestra la certeza de que Yahvé camina con su pueblo y no lo abandona.

Todo el gobierno de Saúl estuvo centrado en las luchas contra los cananeos, filisteos y otros pueblos de alrededor. Pero luego llegó su declive. Saúl tenía cambios constantes de humor que le hacían perder su espíritu carismático (cf. 1Sam 16,14-23), lo que significa que perdía la ayuda divina. Fue acusado de usurpar la función que tenía el sacerdote (cf. 1Sam 13,4-15) y en el capítulo 15 también se le acusa de violar una ley referente a la guerra santa. Con Saúl su reino también comenzó a sufrir serias pérdidas.

David que ya era famoso por haber ganado varias batallas, fue perseguido por Saúl, pues este sentía celos de él. Samuel ungió a David como rey aún cuándo estaba vivo Saúl, y eso hizo que aumentaran los conflictos entre ellos.

Con la muerte de Saúl en batalla contra los filisteos, David sube al trono, traslada la capital del reino para Jerusalén –que se llamaba Jebus y que él mismo había conquistado–, y también llevó la Tienda y el Arca que habían acompañado al pueblo por el desierto, y que hasta el momento no se quedaban fijas en un sitio, sino que peregrinaba por todas las tribus. Muchos ven en este acto un fuerte deseo de centralización del poder militar, civil y religioso.

El reino de Israel crece con David y alcanza grandes momentos de paz y tranquilidad. Israel se impone frente a los demás pueblos de alrededor. La figura de David es tan importante por sus logros que, en los libros de los Reyes todo buen gobernante será comparado con David. De hecho, él se convierte en el prototipo de rey, de gobernante, de hombre piadoso: «David reinó sobre todo Israel, administrando el derecho y la justicia al pueblo» (2Sam 8,15).

⁵² Cf. *Ibíd.*

El deber del rey es, pues, proteger a los *anawins*, a los más pobres y vulnerables de Yahvé⁵³.

Muerto el rey David, le sucede Salomón, célebre por la gran sabiduría que Dios le otorgó. Su tiempo de reinado es el más tranquilo y pacífico en la historia de la monarquía. Dos grandes acontecimientos marcaron su reinado: por un lado, la construcción del templo y, por otro, el gran desarrollo cultural y cultural que experimentó. Se establece así con David y Salomón las tres grandes instituciones: una nación, un Templo y un rey. Este es el tiempo de oro de Israel. La economía prospera, reina la paz y hay buenas relaciones comerciales con los países vecinos.

Las construcciones emprendidas por Salomón, que además del Templo comprendía también la construcción de su palacio, de bases militares, etc., demandaban mucho dinero y materiales, lo que hizo que el rey aumentase y crease nuevos impuestos. Solo para la construcción del templo fueron necesarios siete años (cf. 1Re 6,37ss.), y fue inaugurado por el mismo Salomón, como se narra en el capítulo séptimo del primer libro de los Reyes.

El templo tenía una doble función, además de ser una capilla real y, por eso, tener un sacerdote con poderes políticos, el templo era también el santuario nacional de Israel, pues ahí estaba el Arca de la Alianza.

Desde un punto de vista cultural, en ese período de paz y tranquilidad los israelitas desarrollaron una gran literatura que narraba sus logros y conquistas. «Este documento, que constituye la base de la narración del Hexateuco, es una de las obras maestras de la Biblia»⁵⁴. También hubo el florecimiento de la música y la salmodia, que también expresaban las maravillas de Yahvé a su pueblo. Todo este resurgir literario y músico era la expresión del pueblo viviendo una vez más el paso salvador de Yahvé por la historia.

Pero para algunos todo ese desarrollo se convertía en esclavitud. Con la centralización de todo el gobierno, con el aumento de sus funcionarios y la gran cantidad de reformas y construcciones, no había otra salida a no ser el aumento de los impuestos y tributos fiscales. Todo eso hizo que se instaurara una crisis financiera, pues «los gastos superaban a los ingresos»⁵⁵.

Varios fueron los intentos de Salomón por sanear esa crisis, llegando incluso a vender ciudades y parte del territorio al rey de Tiro (cf. 1Re 9,10-14), pero sin éxito.

⁵³ Cf. G. DROLET, *Comprender o Antigo Testamento: um projeto que se tornou promessa*, 345.

⁵⁴ J. BRIGHT, *La historia de Israel*, 295.

⁵⁵ *Ibíd.*, 297.

La monarquía estaba establecida bajo el antiguo sistema tribal. Las tribus perdieron toda la autonomía política, social y religiosa, pues todos ahora estaban bajo el poder y gobierno del rey, y ya no bajo los jueces locales. Pero, además de eso, surgió otro problema más serio e importante: la obligación y orientación social del pueblo, que antes era determinada y guiada por la alianza de Yahvé con su pueblo, pasó a ser remplazada por los deberes y ordenanzas del Estado, es decir: «la ley de la alianza había perdido mucha de su antigua importancia para los asuntos cotidianos»⁵⁶.

Israel había dejado de ser predominantemente agrario, y se había vuelto más urbano; muchos abandonaron los campos y pasaron a vivir en las ciudades, donde las diferencias de clases y riquezas se acentuaban cada vez más.

En el período monárquico siempre se mantuvo la tensión sobre si esta institución era de voluntad divina o no, y el modo opresor de gobernar que ejerció Salomón no ayudó a que se atenuasen esas divergencias.

El tiempo de un Israel unido bajo un único rey llegó al fin; incluso antes de la muerte de Salomón el reino se dividió: al norte diez tribus se unieron formando el Reino de Israel, y al sur se quedaron las tribus de Benjamín y Judá, formando el reino de Judá.

3.4. Los profetas

El gran período de los profetas empieza con David y se extiende hasta el exilio. Aparecían siempre en tiempos de crisis en la historia de Israel. Eran hombres suscitados por Yahvé durante un determinado tiempo y para proclamar un determinado mensaje al pueblo.

Los profetas eran verdaderos heraldos de la palabra de Dios, y cuando anunciaban también denunciaban. Siempre que un profeta anunciaba la voluntad de Dios, denunciaba al mismo tiempo los pecados del pueblo.

La labor profética estaba directamente relacionada con el cuidado y defensa de los más vulnerables del pueblo; ellos levantaban su voz para protegerlos de los abusos que padecían (cf. Job 22,6; 24,3; Ez 18,7,12,16; 33,15; Neh 5,2-3; Is. 10,1-2; Jer 22,3; Am 5,12; 6,12; Miq 7,3).

Por una parte, los profetas tenían siempre la mirada puesta en el pasado, en las promesas de Yahvé y, por otra, en la realidad, que a veces estaba más o menos de acuerdo con los mandatos de Dios. Los profetas eran esa memoria siempre viva y actual que amonestaba al pueblo para que se arrepintiera de sus pecados, para que cambiara de vida y guardara la alianza.

⁵⁶ *Ibíd.*, 300.

La idea del *Dies Irae*, el día de la ira de Dios, el día de Yahvé (cf. Sof 1,1-18; Jl 2,31; Zac 2,17), está presente en todo el Antiguo Testamento, y de manera más evidente en los profetas. El día de la ira de Yahvé no es el día de la tristeza para los justos, para los que guardan la alianza, sino el gran día en que Dios va a restaurar de manera definitiva a todo Israel decaído por su pecado (cf. Ez 2-3; 16; Is 6; 49,1.5; Jer 2; 4,5-31; Am 7,1-9,4); ya no existirán pobres, los justos triunfarán con Yahvé, por eso, tras este mismo anuncio, viene siempre una llamada a la conversión (cf. Núm 10,35; Is 42,13; Jl 2,1-3; Ez 7,19).

Elías, Eliseo, Jonás, Amós y Oseas fueron los grandes profetas del reino del norte con capital en Samaria. En el año 721 a.C., los asirios conquistaron Samaria y comenzó el período de exilio del norte.

En el reino de Judá, los profetas Joel, Isaías, Naum, Sofonías, Jeremías, Habacuc, Abdías y Daniel fueron los que estuvieron constantemente proclamando la palabra de Yahvé. Judá fue conquistada en el año 587 a.C., por Babilonia; los cautivos regresan del exilio en el año 538 a.C., y el profeta de ese período será el tercer Isaías.

La desobediencia del pueblo les costó la posesión de la tierra prometida. La experiencia del exilio supuso un nuevo diluvio, un nuevo éxodo, y la experiencia de la repatriación fue una nueva toma de posesión de la tierra prometida. Dios mismo se dirigió al pueblo y le prometió un nuevo cielo y una nueva tierra (cf. Is 65,17-25).

4. La nueva Alianza

Como hemos señalado en los capítulos anteriores, el tema de la alianza es un hilo conductor de toda la historia del pueblo de Israel con Dios. También es el instrumento por el que el mismo Dios interviene en favor de su pueblo para salvarlo, ayudarlo, y hacerse presente; de esa manera, la alianza tiene como finalidad la salvación del pueblo; estos dos conceptos –alianza y salvación– van de la mano y no se pueden separar.

Otro elemento importante observado en el AT y que se confirma en el NT, es que la alianza contempla un proyecto divino universal de salvación; puede ser hecha con uno, pero siempre está dirigida a todos, y de esa manera, es una alianza destinada a todas las generaciones, pasadas, presentes y futuras.

Profetas como Jeremías (cf. 31,33; 32,40), Ezequiel (cf. 16,60) y el Segundo Isaías (cf. Is 55,3) hablaron de una «nueva alianza» que no tendrá que volver a ser pactada una vez más entre Dios y los hombres. Con esto se quiere decir que las alianzas vividas por Israel fueron un anticipo e imágenes provisionarias de esa nueva alianza que Dios establecería de una vez por todas con su pueblo; es más, las alianzas del AT responden a la pedagogía divina que fue llevando y preparando al pueblo para aquella alianza definitiva.

Los primeros cristianos eran buenos judíos, que conocían bien la Escritura y las promesas de Dios a su pueblo. También ellos esperaban aquel día magnífico, el día de Yahvé que iba a venir.

Muchos de ellos participaban de diferentes grupos en el judaísmo, que tenían maneras distintas de interpretar y vivir la fe en la espera de que todas las promesas divinas se cumplieren de manera definitiva y eterna.

Estos primeros cristianos, una vez que se encontraron con Jesucristo y compartieron con él su vida, vieron en su persona y obra que era el Cristo prometido por Dios para liberar a Israel. Por la fe vieron en el acontecimiento Jesucristo –misión, pasión, muerte y resurrección– la realización de la nueva y eterna alianza.

La experiencia de fe que tuvieron con Jesús en sus vidas les hizo proclamar que era él el «cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (cf. Jn 1,29), que era el «Cristo, el Hijo de Dios vivo» (cf. Mt 16,16).

4.1. La promesa de la Nueva Alianza

Atención especial merece la profecía de Jeremías (31,31-34; 32,40) en que habla de una nueva alianza de Dios con su pueblo, pero para que esta sea celebrada, será necesario el perdón divino por la culpa cometida por su pueblo. Dado que él habla de una alianza eterna, este perdón también sería eterno.

En el NT el texto por excelencia que habla de la nueva alianza y retoma al texto de Jeremías, es la carta a los Hebreos (capítulos 8-10). La realización de esa nueva alianza fue llevada a cabo por Cristo-Sumo-Sacerdote, que es a la vez sacerdote, altar y cordero (víctima). «Es en la carta a los Hebreos donde primeramente se llega a una auténtica teología sobre el sacrificio de la cruz y el sumo sacerdocio»⁵⁷. Al tema de la alianza está ligado el tema del sacerdocio de Cristo, tema que ocupa un lugar central en toda la carta (cf. Heb 8,1).

Esta nueva alianza, pregonada por Yahvé en labios del profeta Jeremías, contempla una espiritualidad muy auténtica, una comunión íntima y un conocimiento universal de Dios; Dios se hace solidario con su pueblo (cf. Heb 2,17-18). Otra característica de esa nueva alianza es que no se trata de un pacto bilateral en el que las dos partes se comprometen, sino que la nueva alianza es una promesa, un don de Dios a su pueblo.

Esta Nueva alianza no revoca la primera (cf. Rom 11,29), sino que le da pleno sentido y cumplimiento: «no creáis que he venido a abolir la ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud» (Mt 5,17). Y los versículos siguientes hablan de la importancia de cumplir la ley antigua y también de enseñarla.

Podemos preguntarnos: «¿son dos alianzas? o ¿es una sola, única y eterna que se cumple en Jesús? Y si Israel es el pueblo de la Alianza, ¿cómo se comprende la participación de Israel en la salvación? o ¿son dos modos de participar en una sola salvación (Alianza)?, ¿o cada uno participa, a su modo, en el único proyecto de Dios?»⁵⁸.

Las respuestas a estas preguntas pueden encontrarse en la carta a los Gálatas, en el capítulo 11: la promesa es única, la alianza es una sola, el pueblo también es uno. La novedad de esa alianza consiste en que ya no

⁵⁷ W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, 326.

⁵⁸ M. A. CAMELLO V., *La nueva alianza en Jeremías 31,31-34: un texto enlace de la relación entre los dos testamentos*, 443.

está dirigida solo al pueblo de Israel, sino que se hace más amplia y alcanza la universalidad, y en esa misma raíz, que es la promesa, son injertados todos los pueblos, toda la humanidad (cf. Rom 11,17-24), pues la ley conducía al pueblo hacia Cristo (cf. Gál 3,24).

La carta a los Hebreos, para presentar a Cristo como el Hijo perfecto, único y verdadero sacerdote, hace un paralelismo con el sacerdocio y los sacrificios antiguos: todos estos eran imperfectos, pues quien los hacía también lo era, de ahí la necesidad de alguien perfecto para que se pudiese realizar un sacrificio perfecto.

También hace un paralelismo respecto de la tienda. La de la primera alianza era limitada e imperfecta, sin embargo, la de Cristo es más grande y perfecta. También su sacrificio es único, perfecto y eficaz, por eso ya no es necesario repetirlo. Cristo «ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna» (Heb, 9,12). De esa manera, Cristo Sumo Sacerdote es el Mediador de la nueva alianza.

Para el autor de la carta a los Hebreos, la pasión, muerte y resurrección de Cristo es la celebración definitiva y el cumplimiento total de las promesas de Dios a su pueblo. Dios sella con su Hijo la nueva y eterna alianza, pues ella misma dio a conocer a Dios. Dios ha dejado de vivir en tiendas y en tabernáculos, y pasa a vivir en el corazón de cada hombre. En el primer pentecostés cristiano se expresa el cumplimiento de la profecía de Joel. La nueva alianza alcanzó la intimidad del hombre con Dios y de Dios con el hombre.

4.2. Los relatos eucarísticos del NT

En el NT cuando se habla de la Nueva Alianza siempre se tiene como trasfondo la última cena; esta alusión a la alianza se puede apreciar en los relatos de la institución de la eucaristía (cf. Mt 26,28; Mc 14,24; Lc 22,20; 1Cor 11,25). Estos relatos son importantes, pues ponen de manifiesto que Jesús, través de su vida y misión, es el mediador de la alianza de Dios con su pueblo.

Todos estos relatos relacionan la sangre de Cristo con la nueva alianza, haciéndose eco de un pasaje del AT: «entonces, Moisés tomó la sangre y roció al pueblo, diciendo: “Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha concertado con vosotros, de acuerdo con todas estas palabras”» (Éx 24,8).

Es la misma vida de Jesús –cuerpo y sangre–, hecha don, que abre a los hombres la posibilidad del reino de Dios, que es una realidad ya presente, pero que se consumará al final de los tiempos. Vemos que los relatos de la última cena tienen una dimensión escatológica fuerte.

Solamente el autor de la carta a los Hebreos aplica a Jesús el título de Sumo Sacerdote, pero en los demás relatos eucarísticos los hagiógrafos sagrados ponen a Jesús desarrollando una función sacerdotal, la de mediador de Dios ante el pueblo, pero en Jesús se trata de una mediación que logra la redención universal, es decir, en Cristo todo se hace nuevo, se empieza una nueva creación.

En los relatos eucarísticos, merece destaque la entrega del pan y del vino, cuerpo y sangre de Cristo, a la gente, lo que pone a Jesús en directa relación con el servo sufriente de Isaías (cf. Is 53,4-12), y de esa manera, la última cena se dirige directamente al sacrificio de la cruz, siendo esta celebración un anticipo de lo que habría de pasar.

La muerte y resurrección de Cristo destruyen todas las divisiones y crean el pueblo de la nueva alianza (cf. Mt 26,27-29). El misterio de la pasión de Cristo reúne esa nueva comunidad (cf. 1Pe 1,9-10) de los regenerados por el Espíritu.

La reflexión sobre los relatos eucarísticos conduce y subrayan que el fundamento de esa nueva alianza es la encarnación del Verbo divino; eso lo expresa la misma eucaristía que utiliza el pan y el vino, que son el cuerpo y la sangre de Cristo. La presencia real de Cristo en la eucaristía tiene como condición *sine qua non* la encarnación histórica del Verbo.

La encarnación, por su parte, está íntimamente relacionada al misterio de la pasión de Cristo, pues este último colma de sentido el primero, pues a través de la cruz de Cristo la humanidad alcanza la remisión de sus pecados, la amistad con Dios, y también por ella Dios se encuentra directamente con su pueblo; Jesús es el siervo sufriente que da su vida por la humanidad.

La nueva alianza, que es Cristo, hace de los hombres verdaderos templos para recibir al mismo Dios que ahora establece su morada en los corazones de toda la humanidad. Esta nueva alianza cambia en definitiva el modo como Dios camina con su pueblo. El memorial de la pasión, muerte, resurrección y ascensión de Cristo es la actualización permanente de la alianza.

Es verdad que la vida y obra de Jesús antes de su resurrección no podría ser entendida por los judíos de la época fuera de los mismos límites de su cultura religiosa, aunque en todo momento las obras y palabras de Jesús apuntasen siempre a algo más allá de ella. «No era posible en la mentalidad judía, y posteriormente llevó a la ruptura con la sinagoga, considerar a Jesús de Nazaret, a un hombre, en parangón con Yahvé, o con la misma sabiduría encarnada, como ponen de manifiesto los títulos de *Kyrios* y de *Lógos*»⁵⁹.

⁵⁹ A. CORDOVILLA, *La lógica de la fe: manual de Teología dogmática*, 285.

La verdadera profesión de fe respecto de la persona de Jesús solo será posible tras el acontecimiento pascual, en que la comunidad exclamará: «verdaderamente este era Hijo de Dios» (Mt 27,54; Mc 15,39); o en palabras de Pedro: «Tú eres el mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16, paralelos en Mc 8,27-30 y Lc 8,18-21).

Pero un reducido grupo de aquellos que conocieron a Jesús y le siguieron, fue capaz de ver en el judío de Nazaret el cumplimiento de todas las promesas que Dios había hecho. Las experiencias de salvación del pueblo con Yahvé y la expectativa de la salvación eterna presentes en el Antiguo Testamento, son el trasfondo y horizonte de comprensión de la persona de Jesús como el Señor de la historia⁶⁰.

Cristo es el mediador de la nueva alianza que tiene como contenido el mismo Dios, es decir, el Reino de Dios (cf. Mc 1,15). Jesús predicó el Reino de su Padre a través de sus obras y palabras, prefiriendo el uso de las parábolas. Después unió a su misión a sus discípulos.

La predicación del Reino comprende dos momentos íntimamente relacionados: en un primer momento, las obras y palabras de Jesús manifiestan el cumplimiento de las promesas del AT y de las que él mismo hace, y este mismo actuar de Jesús es salvación (cf. Mt 12,28), la irrupción de la gracia de Dios en el mundo. Esta doble relación se ve claramente reflejada en este pasaje del evangelista Lucas:

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (4,16-21).

Cuando Jesús se expresaba, siempre lo hacía desde una autoridad propia –así lo atestiguan las expresiones «En verdad, en verdad yo os digo...» y el «Amén» que precedía sus pronunciamientos–, como pone de relieve especialmente el evangelista Marcos desde el primer capítulo de su evangelio: «estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas» (v. 22).

Los milagros y curaciones realizados por Jesús dan testimonio de la llegada del reino (cf. Mt 12,28), estos mismos signos tenían como un

⁶⁰ Cf. Th. SCHNEIDER, *Manual de Teología dogmática*, 298.

objetivo el restaurar la dignidad de la persona haciendo que recupere la imagen de Dios y pueda vivir plenamente la fraternidad con los otros hombres. Por donde pasaba, Jesús creaba comunidad, relación, reciprocidad, restauraba el ser humano. «Son precisamente los actos de Jesús los que demuestran que la soberana bondad de Dios, que ahora llega y se abre paso, va más allá de la pura interioridad y afecta también a la corporeidad y sociabilidad de los hombres»⁶¹.

El reino predicado por Jesús es inminente, «es el punto culminante de un plan de Dios, que, llegando a su término, pone a los oyentes ante una situación decisiva: ante ella tienen que decidirse, porque el momento es crítico»⁶². La historia de Israel llega a su plenitud con Jesucristo, por eso su mensaje es también una invitación a la conversión: «se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15); estas fueron, para el evangelista Marcos, las primeras palabras de Jesús al iniciar su misión.

Con O. González de Cardedal se puede decir que:

El Reino tiene por origen y contenido a Dios, y por sujeto introductor en la historia a Cristo, que afecta decisivamente al tiempo y pone al hombre ante nuevas posibilidades, exigencias y amenazas. Lo central es la innovación teológica (mostración de Dios), a la que sigue la innovación escatológica (sentido de la historia), la transformación del corazón del hombre (moral) y la exigencia de configurar la vida en correspondencia con la forma en que Dios se ha manifestado (proyecto social). Una comprensión del Reino de Dios que separe estos elementos o absolute uno de ellos, bien sea el religioso (pietismo), el moral (Ilustración) o el social (movimientos revolucionarios), degrada el mensaje de Jesús.⁶³

La nueva alianza es la restauración de la creación, de la humanidad. En ella, Dios promete una nueva tierra al pueblo que redimió en la cruz: la Jerusalén celeste. Ahora más cerca que nunca, Dios camina con su pueblo hacia esa consumación.

⁶¹ Th. SCHNEIDER, *Manual de Teología dogmática*, 327.

⁶² O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cistología*, 42.

⁶³ *Ibíd.*, 48.

5. El Dios de la Alianza es Trinidad

La entera existencia cristiana puede ser considerada en el «Amén» pronunciado con la vida en la doble confesión de la fe trinitaria, aquella expresada con la señal de la cruz, como memoria del bautismo, y la que pasa por la «doxología», que resume toda la orientación de la existencia y de la historia a la Trinidad y, por tanto, la vocación última de todo bautizado: dar *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto...*

El *Catecismo de la Iglesia* se expresa así a la hora de hablar de la Trinidad:

El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la «jerarquía de las verdades de fe». «Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela a los hombres, los aparta del pecado y los reconcilia y une consigo»⁶⁴.

El pueblo de Israel ya llamaba a Dios «Padre» en el sentido de creador del mundo. También lo invocaba como padre de los pobres, que protege a todos aquellos que se encuentran en dificultades y son vulnerables en la sociedad.

Será Jesucristo quien revelará el sentido primordial que tiene el llamar a Dios «Padre». Cuando Jesús se dirige a Dios como Padre, no solo pone de manifiesto que Dios es el principio y origen del universo, sino que Dios es padre porque tiene a un Hijo que con él está en profunda relación y comunicación (cf. Mt 11,27). La novedad de esa revelación de Jesucristo es que presenta a Dios como Trinidad, el Dios Uno y Trino.

Solamente a través de la persona de Jesucristo podemos adentrarnos en el misterio de Dios como Trinidad, pues es Cristo el rostro del Padre (cf. Jn

⁶⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 234.

14,8-9), quien revela al Padre. Y, a la vez, es Dios quien se revela y habla por medio de su Hijo. Jesús es la única vía de acceso al misterio de Dios.

De esa manera, los cristianos están llamados a una labor constante de asimilar el real contenido y las fuertes implicaciones que tiene el misterio de la Trinidad en sus vidas como creyentes. Tienen que celebrar ese misterio, pues no se trata de un asunto reservado únicamente a los teólogos, pues «la Trinidad es la que nos permite descubrir a Dios como persona, como amor, como amigo, como don y como Padre»⁶⁵.

5.1. *La revelación de Dios en la antigua alianza*

Al profundizar en el misterio del Dios cristiano, el que se nos reveló en Nuestro Señor Jesucristo como Trinidad, se constata una profunda relación entre el Dios revelado por Jesús y el Dios conocido por Israel, en realidad son el mismo, pero Jesús aporta una visión que no se les había revelado aún.

Jesús es el enviado del Dios de Israel. Él también profesa su fe en el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, y en su nombre anuncia el Reino. Además del título de Padre, la comunidad del AT también lo reconoce como el Todopoderoso, el creador del cielo y de la tierra, y como el único Señor (cf. Dt 6,4).

No cabe duda de que es la misma Trinidad la que actúa en el AT; toda la obra de la salvación es obra suya, por eso el Dios de la Alianza, que es Trinidad, se va revelando en toda la historia de la salvación. Su presencia en el AT se podría decir que es una presencia velada.

Jesús va a hacer una relectura de la historia de salvación mostrando que todas las intervenciones divinas en el antiguo Israel son en realidad la autorrevelación, la autocomunicación del mismo Dios Trinidad; «cuando se habla de la autorrevelación de Dios, el discurso debe ser el de que Dios es su comunicación, pues no puede mostrarse como él mismo con comunicaciones meramente creaturales»⁶⁶.

La Trinidad latente en el AT sienta las bases de esta doctrina, y los fundamentos que establece son esenciales para la doctrina que el NT manifiesta en plenitud en la persona de Cristo.

La Sagrada Escritura siempre presenta a un Dios que sale al encuentro de su pueblo, le habla, lo protege, lucha con él, etc. La revelación de Dios presentada en la Biblia tiene unas características fundamentales como veremos a continuación.

⁶⁵ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática I*, 303.

⁶⁶ Cf. Th. SCHNEIDER, *Manual de Teología dogmática*, 1126.

La iniciativa de autorrevelarse parte siempre de Dios; la revelación es continua, y no se da toda en un solo momento; existe también una coherencia interna en la revelación que sigue una pedagogía divina; los destinatarios son personas concretas y un pueblo concreto; la revelación está guiada por una tensión hacia el futuro; ella misma apunta para una futura consumación.

El primer encuentro de Israel con Dios no se realiza a partir de una reflexión intelectual o del estudio de la naturaleza, sino a partir de su historia. El pueblo de Dios experimenta por primera vez en la historia y por medio de una alianza concreta la cercanía de Dios. Por tanto, solo en este horizonte se puede comprender la fe de Israel en Yahvé.

Para Israel, no cabe duda de que Dios está unido a él. No se especula sobre Él, sino que se narran sus intervenciones en la historia del pueblo que, de manera lenta y progresiva, va profundizando en su misterio.

La Biblia narra la historia de salvación operada por Dios a través de los acontecimientos salvíficos. Por esta razón no existe una exposición formal de la doctrina trinitaria ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento tal y como se encuentra en el Credo de la Iglesia.

Los nombres con los que la Escritura habla de Dios, más que describir su naturaleza, reflejan su manera de actuar. En concreto, *Elohim* (plural de «El») indica el poder absoluto de Dios frente a los demás dioses, que son solo apariencias; y YHWH sirve para presentar a Dios como origen de toda existencia, como dador de la vida.

También a Dios se le concibe como Misericordia (cf. Dt 4,31), como Santidad, como sabiduría y como fidelidad. Todos estos atributos, «no cabe considerarlos a modo de propiedades que están en Dios, sino que son expresiones del mismo ser divino»⁶⁷.

5.2. *El misterio pascual: Revelación plena de la Trinidad*

La novedad del Dios cristiano presentada por Jesucristo es la Trinidad. Lo que, en primer lugar, Dios revela de sí mismo es que es Padre. «Dicho en otras palabras, el Dios cristiano no es una pura energía, fuerza o razón absolutas, ni siquiera un mero ser personal, Creador y origen de todo. No: el Dios revelado por Cristo es un Padre que realiza plenamente su paternidad en el Hijo por medio del Espíritu. El Dios que se revela es Trinidad»⁶⁸.

⁶⁷ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática I*, 316.

⁶⁸ C. IZQUIERDO, *La revelación de Dios como misterio y como don*, 217.

Sin contradecir el monoteísmo, el Dios anunciado por Jesucristo es uno en tres personas. Este fue el Dios que eligió a Israel como su pueblo; estableció una alianza con él; escuchó el grito de su sufrimiento; descendió para liberarlo y, caminó con él por el desierto; en medio de infidelidades, distanciamientos y rupturas no lo abandonó. Es el Dios que siempre busca seducir de nuevo a las personas infieles y traerlas a Él.

En resumen, es el Dios que se da a conocer en los acontecimientos de la historia de un pueblo. El punto culminante de esta revelación es el misterio de la encarnación de la Palabra eterna.

Con la Encarnación, Dios mismo entra en la historia de los hombres y la asume plenamente. El Dios anteriormente revelado en la historia del pueblo de Israel se convierte en parte de esa historia.

El eterno infinito, sin dejar por un instante de ser infinito, se vuelve finitud y entra en el tiempo, asumiendo todos los riesgos y límites relacionados a él. En Jesucristo, Dios asume la historia; sin embargo, el eterno infinito no termina en la contingencia histórica.

Toda la vida de Jesús es revelación del Dios Uno y Trino. Pero hasta la Pascua, y a la luz de la resurrección del Señor, la primitiva Iglesia no hizo una relectura de la Antigua Alianza y de toda la vida de Jesús, llegando a la conclusión de que toda la historia de la salvación no es otra cosa sino la revelación del Dios Trinidad.

En la anunciación del Señor, en su nacimiento, en el episodio del reencuentro con María y José en el Templo cuando tenía doce años, en su muerte y resurrección, Jesús se revela como Hijo de Dios de una forma nueva con respecto a la filiación conocida por Israel, y comparte el mismo poder del Padre, como atestigua la comunidad al atribuir a Jesús los títulos de Cristo, *Kyrios* e Hijo de Dios.

Al comienzo de su vida pública, en el momento de su bautismo, el mismo Padre da testimonio de que Jesús es su Hijo Amado (cf. Mt 3,13-17); y el Espíritu Santo, que había hecho posible su concepción, y que estaba presente en Él desde ese mismo instante, descendió sobre Él en forma de paloma para impulsarle a una nueva misión. Es probable que el único destinatario de esta revelación en ese momento fuera únicamente Jesús. A esta primera revelación explícita de la Trinidad corresponde la manifestación paralela ocurrida en la Transfiguración, que introduce al misterio Pascual (cf. Mt 17,1-5), y fue presenciada por los discípulos más cercanos a Jesús.

Finalmente, el día de su ascensión a los cielos, Jesús envió a sus discípulos a bautizar a todas las gentes en el nombre de las tres personas divinas, para que sea comunicada a todo el mundo la vida eterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28,19).

En el Antiguo Testamento, Dios había revelado su unicidad y su amor hacia el pueblo elegido: Yahvé era como un Padre. Pero, después de haber hablado muchas veces por medio de los profetas, Dios habló por medio del Hijo (cf. Heb 1,1-2), revelando que Yahvé no solo es como un Padre en el sentido de señor y dueño de la historia, sino que es Padre porque tiene un Hijo.

Jesús se dirige a Él en su oración con el término arameo *Abbá*, usado por los niños israelitas para dirigirse a su propio padre (cf. Mc 14,36), y distingue siempre su filiación de la de los discípulos. Su relación con el Padre es tan cercana, hasta el punto de ponerse a la misma altura, que resultaba escandalosa para la mentalidad judía de aquel momento.

Todo esto les sonaba tan fuerte que, según el evangelista Juan, será la causa de su condena: «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios» (Jn 19,7).

En Cristo, Dios abre y entrega su intimidad. Esta misma revelación es un acto de amor, porque el Dios personal del Antiguo Testamento abre libremente su corazón, y el Unigénito del Padre sale al encuentro de su pueblo para hacerse uno con él y llevarlo de vuelta al Padre (cf. Jn 1,18). Se trata de algo que la filosofía no podía adivinar, porque radicalmente este misterio solo puede ser contemplado a la luz de la fe.

Dios no solo posee una vida íntima, sino que también se identifica con su vida íntima, una vida caracterizada por eternas relaciones vitales de conocimiento y de amor. El término «procesiones» explica tanto esas relaciones internas entre las personas de la Trinidad como las relaciones que establece con el mundo.

De hecho, los nombres revelados de las tres Personas divinas exigen que se piense en Dios como el proceder eterno del Hijo del Padre y en la mutua relación también eterna del Amor que «sale del Padre» (Jn 15, 26) y «toma del Hijo» (Jn 16, 14), que es el Espíritu Santo.

Dios ha dejado huellas de su ser trinitario en la creación. La Trinidad es la perfecta comunidad a la que la comunidad de la nueva alianza, la Iglesia peregrina, está llamada a tomar parte. Ya en cuanto peregrino sobre la tierra, el pueblo de Dios está llamado a reflejar esa armonía y unión íntima que solo el amor permite.

6. La alianza de Dios con su Iglesia

Por el misterio de la pasión de Cristo, Dios reúne en su Hijo a toda la humanidad y crea una nueva comunidad, un nuevo pueblo, estableciendo con él, por medio de la sangre de su Hijo, una alianza eterna:

Así dice el Señor Yahvé: He aquí que voy a recoger a los hijos de Israel de entre las naciones a las que marcharon. Voy a congregarlos de todas partes para conducirlos a su suelo [...] Concluiré con ellos una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Ez 37,21.23-24.26-27; cf. 20,34-38; 36,24-25).

La comunidad de la nueva alianza es la Iglesia de Cristo (cf. UR 2), planeada desde antes de la creación, prefigurada en el AT, fundada en la historia por Jesús (cf. LG 3), hecha pública en Pentecostés y vivificada y animada por el Espíritu Santo. Siendo así, la Iglesia es un nuevo pueblo, una nueva comunidad de los santos y elegidos (cf. 1Pe 2,9-10) constituida por la sangre de Cristo.

Al mismo tiempo, Cristo funda la Iglesia para que ella sea un sacramento de salvación para todo el género humano, convirtiéndola, ya desde ahora, en un anticipo de la gran reunión escatológica en la casa del Padre; de esa manera, la Iglesia está en vías de constituirse definitivamente (cf. LG 2).

Por ser obra misma de la Trinidad, la Iglesia participa en el misterio divino, por lo que promueve la unión y la relación entre los fieles (cf. LG 1), de manera a que todos sean uno; bien como también puede ofrecer a los fieles los dones de la salvación: «la verdadera entidad de la Iglesia – insistimos– viene envuelta en el misterio de su origen y aliento divinos y de su destino eterno, conforme a su finalidad salvadora del hombre»⁶⁹.

Esa unidad que promueve la Iglesia fue expresada por el apóstol San Pablo a la comunidad de Corintio por medio de una analogía con el Cuerpo

⁶⁹ J. R. PÉREZ ARANGUENA, *La Iglesia: Iniciación a la Eclesiología*, 15.

(cf. 1Cor 12). A la comunidad de Corintio le parecía difícil entender que para el plan divino no hay cargos, ministerios o funciones mejores unos que otros, sino que todas las funciones y carismas están orientados al mismo fin: la construcción del Reino de Dios.

La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, y Él su cabeza. Eso quiere decir que la Iglesia encuentra en Cristo su existencia y sentido de ser. Todos los miembros tienen necesidad de estar unidos unos a otros constituyéndose en el cuerpo, y todo el cuerpo, para que tenga vida, tiene que estar unido a Cristo cabeza.

La alianza de Dios con su Iglesia promueve la unión y unidad entre los cristianos, que gana visibilidad en la Iglesia a través de su organización y estructura, que convoca y reúne a todos sus miembros.

Esta Iglesia de Cristo, además de ser universal, según la determinación de la economía de la salvación, se hace toda presente también en las iglesias particulares; de esa manera se puede hablar de la «Iglesia de Dios que está en Corintio» (1Cor 1,2); de la «Iglesia de los Tesalónicos» (1Tes 1,1; cf. 2Tes 1,1); de la Iglesia que peregrina por la tierra, etc.

Cuando a causa del pecado no hay la debida unión y unidad entre los miembros, todo el cuerpo sufre. Para el plan divino, todos los miembros tienen igual importancia, de manera que no se puede prescindir de ninguno (cf. 1Cor 12,21). Será el cuidado y el amor mutuo el que fortalecerá el cuerpo y hará avanzar el plan salvífico.

En este sentido, la Iglesia tiene capital importancia en el plan salvífico de Dios, pues cuando ella, por el Espíritu Santo, congrega y reúne a los hijos de Dios, les ofrece al mismo Cristo por medio de la Palabra y de los sacramentos.

Al comunicarles a Cristo y los méritos de la redención, los cristianos se reafirman aún más en el seguimiento de Cristo y en la tarea de configurarse con Él. En este sentido es que se puede hablar de la Iglesia como «Madre». Así lo expresaba san Cipriano diciendo: «Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene la Iglesia por Madre»⁷⁰, pues la Iglesia engendra, cuida y educa a sus hijos; y como maestra enseña el camino por el que se alcanza el conocimiento y el amor verdadero de Dios.

La Iglesia no está alejada de la vida de sus miembros, sino que se encarna en la realidad de cada uno, de manera que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (GS 1).

⁷⁰ Cf. J. R. PÉREZ ARANGUENA, *La Iglesia: Iniciación a la Eclesiología*, 13.

La Iglesia no es solo una realidad espiritual, sino también una realidad concreta e histórica; no es solo invisible, sino también visible; no es solo divina, sino también humana.

Esa dimensión humana de la Iglesia no le quita nada de su santidad. «Hacemos profesión de creer que existe una Iglesia Santa, y no de creer en la Iglesia para no confundir a Dios con sus obras y para atribuir claramente a la bondad de Dios todos los dones que ha puesto en su Iglesia»⁷¹. La Iglesia es santa e inmaculada por tener un fundamento divino, pero sus miembros, mientras peregrinan por este mundo, experimentan la tentación y con frecuencia consienten con ella.

Por eso, toda la vida del cristiano está en profunda y en directa relación con la Iglesia, pues en ella, además de nacer para la fe, recibe al Cristo vivo, alimento y ayuda en el camino. La nueva alianza que Dios firma con su nueva Iglesia es para que ella y sus miembros puedan realizarse y llegar a la santidad, que es su vocación primera.

6.1. La Iglesia como ámbito y ayuda a la vivencia de la vocación a la santidad

Al pueblo de la nueva alianza, congregado en Cristo, se le ofrece ordinariamente en la Iglesia todas las vías para que pueda recibir la gracia de la salvación. No se trata de retornar al estado del hombre prelapsario, sino de dar un paso más allá en la fe, y adentrarse en la realización del proyecto de Dios.

La comunidad forma parte del plan divino de salvación, pues «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG 9).

Cristo no solo abre a ese pueblo nuevo las puertas del paraíso cerradas por la desobediencia de Adán, sino que lo introduce dentro de este misterio del cual ya el pueblo puede nutrirse y celebrarlo. La realidad del cielo no está únicamente en el más allá de la historia humana, sino que ahora lo sagrado y lo divino irrumpe en todo el cosmos, haciendo que esa comunidad de la nueva alianza pueda experimentar ya anticipadamente, aunque todavía no de forma plena, las realidades últimas.

Esa comunidad no fue constituida para la tristeza, para la desesperación o para el fracaso, sino más bien todo lo contrario; la Iglesia triunfará igual que su Fundador, a pesar de las persecuciones que sufra, pues Cristo le dio

⁷¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 750.

la certeza de la vitoria, tema muy bien desarrollado en el libro del Apocalipsis:

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: «He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el “Dios con ellos” será su Dios». Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido (Ap 21,1-4).

La nueva y eterna alianza trajo los nuevos cielos y la nueva tierra para que el hombre, libre de toda condena, pudiese llegar a su estatura de hombre perfecto, es decir, para que él se realice como criatura e Hijo de Dios.

La plena felicidad del ser humano, que es también su santidad, consiste en participar de la vida bienaventurada de Dios⁷²; lo que ya es una realidad, pues Cristo es quien la possibilitó, pero que aún no está consumada, no es plena, pues el mismo ser humano que ahora ya posee esas capacidades, muchas veces vuelve a ser esclavo del pecado, y rechaza la oferta de salvación.

Aunque el hombre vuelva a estar inmerso de nuevo en el pecado, Cristo le ofrece, mediante el Espíritu Santo que actúa en la Iglesia, la posibilidad de salvarse y alcanzar su realización. Es, por tanto, dentro y por mediación de la Iglesia, es decir, de la comunidad de la nueva alianza, como el hombre puede realizarse y encontrar su sentido último.

Es verdad que la realización última del hombre se hará realidad cuando contemple cara a cara a su Creador, pero antes, y para eso, el hombre tiene que llegar a realizarse como criatura. La nueva alianza en Jesucristo ha renovado la humanidad e instaurado una nueva antropología. El ser humano está hecho para dar gloria a Dios y compartir con Él su bienaventuranza, pero también para ser amado y respetado; y es deber de todos restaurar la dignidad de quien la haya perdido.

Los milagros realizados por Jesús atestiguan esa verdad. La ruptura con la vieja concepción antropológica y moral es tan fuerte que Jesús va a ser muy criticado por su modo nuevo de actuar. La expresión más fuerte que rompe con la vieja moral y con las estructuras religiosas y antropológicas

⁷² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1.

anteriores es su sermón de la montaña, especialmente su discurso de las bienaventuranzas y la reinterpretación que hace de la ley (cf. Mt 5-7).

Pocos estaban preparados para oír aquel fuerte discurso, más fuerte que las críticas a los fariseos o a otros grupos. Después del sermón de la montaña, Jesús realizó varios milagros y otras acciones para rescatar a las ovejas perdidas de Israel dándoles nueva vida.

Todos los hombres están llamados a pertenecer a esa nueva comunidad de la alianza (cf. LG 13), y a ser santos. La llamada a la santidad consiste así en la primera y más sublime vocación del hombre: «sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48); «sed santos también vosotros en toda vuestra conducta, porque está escrito: Seréis santos, porque yo soy santo» (1Pe 1,15-16).

No es fácil alcanzar la santidad de vida, ni tampoco mantenerse en ella, pues hay muchas pruebas y persecuciones en el camino. Para vencerlas es necesaria la labor personal y comunitaria, de modo que la comunidad camine en ese nuevo proyecto de vida, y todo eso impulsado y sostenido por la gracia divina.

El imperativo «sed santos» no solo se dirige a los individuos, sino también a la Iglesia como una institución que tiene que ayudar a sus fieles y animarlos en ese camino, por medio de amonestaciones, correcciones, incentivos, la liturgia, los sacramentos, el perdón, etc.

El pueblo de Israel siempre estuvo en camino, y el pueblo de la nueva alianza también lo está. Caminar se convierte en la tónica por excelencia de la vida de los creyentes, pues se han puesto a seguir al Maestro, camino, verdad y vida.

Recorrer el camino es una oportunidad para los creyentes de ejercitarse en la fe, en la caridad, en las obras de misericordia y en las demás virtudes; es también la ocasión para anunciar al Reino de Dios y atraer a todos a la gran comunidad que es la Iglesia, mientras esperan la llegada de la nueva tierra prometida. La gran predicación de un cristiano es su vida hecha vida de Cristo.

El peregrinar sobre la tierra es el tiempo propicio para entregarse a la Providencia, a las prácticas del perdón y de reconciliación, pues el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz, que es Cristo Jesús.

Recorrer el camino de la vida cristiana puede ser difícil, pero la comunidad sabe adónde la dirige el Espíritu Santo. De esa manera, a la gran Iglesia peregrina la espera con júbilo la Iglesia celeste para el encuentro final.

La nueva alianza ha dispuesto también una variedad de formas y maneras de caminar siguiendo a Jesús:

Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud (Ef 4,11-13).

De esa manera, cada uno en su función y misión contribuye al todo de la Iglesia; la santificación de uno contribuye a la santificación de todos y de la Iglesia en su totalidad.

La nueva comunidad es el ambiente querido por Dios para que sus hijos se desarrollen como humanos y cristianos, pues en la Iglesia pueden recibir todo lo necesario para ello. Los santos son esas figuras que se han nutrido en la comunidad, y así alcanzaron los méritos de Cristo y se convierten también ellos en ejemplos.

6.2. *La Virgen Santísima, modelo de creyente*

Entre la multitud de aquellos que dijeron sí a Dios y, siguiendo a Jesús con la ayuda del Espíritu Santo, emprendieron la marcha rumbo a la Jerusalén celeste merece destacarse la Virgen María.

Ella tiene un papel fundamental en todo el proyecto de la salvación de Dios, pues por medio de su sí colaboró a que el Verbo entrara de un modo nuevo en nuestro mundo, convirtiéndose así en la «tienda itinerante y viviente de la Gloria del Señor, el arca de la Nueva Alianza»⁷³.

Ya en el Antiguo Testamento se puede ver prefigurada la Virgen que traería al Emanuel al mundo (cf. Is 7,14; Miq 5, 2-3; Mt 1, 22-23). La Virgen María fue elegida por Dios, y «sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación» (LG 55).

Gracias a su sí y a su modo de ser bajo la gracia de Dios, ella se convierte en modelo de humildad, de apertura, de obediencia y fidelidad a la palabra de Dios. Al acompañar a su Hijo y hacerse presente en todos sus momentos, inclusive en el momento de la cruz, ella deja de manifiesto que estar con Cristo es de lejos la actitud del verdadero oyente y discípulo de Cristo.

En virtud de la redención de Cristo, María fue preservada de toda mancha de pecado original. Pero tampoco cometió pecado personal alguno, convirtiéndose así en modelo de santidad para toda la comunidad de la nueva alianza, pues las tentaciones que padeció «no han podido arrojar

⁷³ J. C. R. GARCÍA PAREDES, *Mariología*, 100.

ninguna sombra sobre la perfección de María, porque no han hallado en ella ningún consentimiento. Han servido para estimular el ardor de su santidad»⁷⁴. La Iglesia confiesa también que María mantuvo siempre intacta su virginidad.

La Madre de Dios, María Santísima, además de ser un ejemplo fiel y seguro para que los fieles alcancen la salvación y la santidad, es también la gran cooperadora de la redención, asumiendo un papel impar y activo en la economía divina, siendo para el cristiano su madre en el orden de la gracia (cf. LG 61). Ella también es la medianera, es decir, la mediadora de la gracia divina en cuanto que distribuye a los creyentes los frutos de la redención.

Así como estuvo al lado de su Hijo al pie de la cruz, ella también se hace presente al cristiano, siendo su gran compañera y auxiliadora, confortando y dando aliento a sus hijos que peregrinan por este valle de lágrimas. Por ser la madre de Cristo es también la madre de Dios y de la Iglesia en cuanto que, gracias a la encarnación del Verbo en su seno, abrió a todos los fieles la posibilidad de que pudiesen ser miembros de la cabeza de la Iglesia.

María, la nueva Eva, la nueva arca de la alianza, siempre trae consigo y apunta a su Hijo como el centro y puerta de acceso a la fe, a la salvación. Y por ser propio a la naturaleza de la Iglesia en su fase terrena el peregrinar, María también peregrina junto a su pueblo, animándolo y enseñándole a vivir el nuevo tiempo de la gracia instaurado por Cristo.

⁷⁴ M. HAUKE, *Introducción a la Mariología*, 144.

7. La nueva humanidad

Como ya hemos visto y trabajado hasta ahora, por medio de la nueva alianza sellada con la sangre de Cristo comienza la recreación de todo el cosmos. Dios restaura en Cristo toda la creación, incluso el mismo ser humano. Jesús, en realidad, es la revelación plena de Dios, y a través de ella también la del hombre, pues es él quien «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (GS 22).

El primer pecado de Adán deformó a la humanidad e hizo que fuera expulsada del paraíso. Cristo restituyó la fidelidad y la relación con Dios Padre que la humanidad había perdido por la desobediencia, pues si por uno vino el pecado, por Jesús vino la salvación; si por la desobediencia de uno todos perecieron, por la obediencia de Cristo todos fueron justificados. Este paralelismo entre Adán y Jesucristo lo encontramos muy bien desarrollado en el quinto capítulo de la carta a los Romanos. Aunque hay que subrayar que este paralelismo no es simétrico. No hay comparación entre la gracia que nos viene por Cristo y el pecado y la muerte que entraron en el mundo con Adán.

Cristo es la medida del hombre, el rostro del Padre y el ejemplo a seguir. La redención y salvación obradas por Dios en su Hijo querido abrió nuevamente la posibilidad de que el hombre alcanzara la perfecta semejanza con su Creador. Pablo expresa el ideal de vida del hombre nuevo con las siguientes palabras: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

Cristo no solo restaura en el hombre la imagen del Creador empañada por el pecado, sino que también posibilita que se convierta en hijo adoptivo de Dios, pues, «dado que la nueva existencia es originada y se alcanza por la encarnación del Verbo, esta vida nueva se entiende como participación en la vida de Cristo»⁷⁵. Es decir, en Cristo todos los hombres son adoptados

⁷⁵ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática II*, 146.

y se convierten en hijos de Dios en el Hijo (cf. Gál 4,4-6; 1Jn 3,1-2; Rom 8,29).

El hombre pasa a ser hijo de Dios en el Hijo cuando recibe el don del Espíritu Santo. «Al recibir el Espíritu Santo, el hombre se hace “partícipe de la naturaleza divina” (2Pe 1,4), y puede llamar, con verdad, a Dios “Padre”. El nuevo pueblo es el pueblo de los hijos de Dios (cf. Heb 2,10-16; Rom 8,29-30)»⁷⁶.

De este modo la humanidad no es solo restaurada, sino también regenerada. En Cristo se origina, de hecho, una nueva humanidad.

La nueva humanidad adquiere en Cristo un nuevo horizonte, una nueva certeza, una nueva vida: la vida en Cristo. La nueva alianza y la nueva humanidad que nacen en el acontecimiento Jesucristo están íntimamente relacionadas y se complementan mutuamente.

7.1. Ser en Cristo

La Encarnación y la Redención de Cristo injerta la humanidad en la misma vida y naturaleza divina (cf. 2Pe 1,4); y es precisamente eso lo que significa la nueva alianza: la inhabitación de Dios en sus creaturas. Con la presencia del mismo Dios en su interior, el hombre adquiere una nueva manera de ser y vivir originadas por la gracia divina.

Por medio de Cristo, Dios derramó a la humanidad su gracia renovándola. Esta gracia es la vida sobrenatural en el creyente, es la inhabitación del mismo Dios en el ser y en la vida de los hombres que se abrieron a ella. La iniciativa es siempre de Dios, pero también se exige del hombre la docilidad al Espíritu, la respuesta a la gracia, que también depende de la gracia. La gracia precede, acompaña y sigue; sin ella no podemos realizar nada en el orden de la salvación.

Vale resaltar que «en la Antigua Alianza el vínculo que unía Israel con Dios era la Ley; y el signo de la Alianza era la circuncisión. El vínculo y el signo de la Nueva Alianza es el mismo Espíritu Santo (cf. Rom 2,29). Abierto para todos los hombres»⁷⁷.

Es Cristo quien da el Espíritu: «la efusión de la vida del Espíritu comienza con la muerte y resurrección de Cristo. La difusión del Espíritu, promesa y contenido de la Nueva Alianza, es el efecto del Misterio Pascual»⁷⁸.

⁷⁶ J. L. LORDA, *Antropología Teológica*, 50.

⁷⁷ *Ibíd.*, 51.

⁷⁸ *Ibíd.*, 59.

A través del bautismo, el creyente recibe el Espíritu Santo, y es este quien transforma su corazón, y lo regenera por la palabra de Dios; a partir del bautismo, por tanto, la naturaleza humana es hecha partícipe de la naturaleza divina (cf. 1Pe 1,23). El sacramento de la confirmación infunde el Espíritu en los creyentes para que sean testigos de Cristo en el mundo. Es como el Pentecostés aplicado a cada creyente. Este sacramento lo configura con Cristo de una forma nueva, infundiendo carácter.

El ser-en-Cristo se convierte en la tónica de la nueva alianza. La meta de la nueva creatura (cf. Gál 6,15) es la de configurarse cada vez y siempre más a Cristo; llegar a ser otro Cristo en la tierra. Esta búsqueda por configurarse a Cristo se sustenta en las palabras del mismo Jesús «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). A este respecto también Santo Tomás de Aquino afirma: *in sequela Christi consistat perfectio* (la perfección consiste en el seguimiento de Cristo)⁷⁹.

El primer paso asumido por Jesús fue el de su rebajamiento, el de su anonadamiento, como bellísimamente relata el himno de Filipenses (2,6-11). Cristo se hizo hombre asumiendo hasta el fondo la condición humana para redimirla. También padeció los peores sufrimientos e injusticias, convirtiéndose así en la imagen perfecta del siervo sufriente; por esta experiencia del sufrimiento mostró su misericordia y compasión con aquellos que sufren y padecen a causa de las injusticias (cf. Heb 2,17-18).

A la nueva humanidad recreada en Cristo le toca seguir este ejemplo y ponerse al servicio de los más vulnerables de la sociedad. La lógica instaurada por Cristo en su vida ya no permite que uno pague el mal con mal. La nueva humanidad encuentra en la nueva alianza la ley del amor como guía de vida.

En Cristo, el sufrimiento humano encuentra un nuevo sentido, el sentido de redención. Cristo, «por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos» (Heb 2,9), y la convirtió en un camino de salvación, y no de maldición.

El ser-en-Cristo implica también una nueva forma de vivir y concebir el mundo y la humanidad. Es posible afirmar que todo el capítulo 5 del evangelio de Mateo presenta como una síntesis de esa nueva forma de vivir, que en gran parte se opone fuertemente a la lógica del mundo, a la lógica del egoísmo y de la condena.

El hombre nuevo no puede seguir actuando como antes, sino que está llamado a orientar su vida a ejemplo del amor de Cristo a los suyos, llegando incluso a amar a sus enemigos y a hacer el bien a los que le persiguen. No hay dudas de que para que uno pueda asumir esa nueva vida necesitará la ayuda de la gracia divina.

⁷⁹ Cf. *STh.*, IIa IIae, q. 188 a.7.

La identificación con Cristo es un camino que hay que recorrer día a día; es un proyecto de vida que se realiza con la ayuda de la Iglesia y de los distintos carismas que Dios suscita en ella para ayudar al creyente a llegar a la perfección, «a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4,13).

El haber sido crucificado, sepultado y resucitado con Cristo (cf. Rom 6,8; 2Tim 2,11; Col 2,12) posibilita al cristino vivir con el Señor e identificarse con él; es decir, unirse a Cristo y participar de su naturaleza, y, por tanto, tener sus mismos sentimientos (cf. Fil 2,5), amar como él amó, actuar como él actuó. Como dice san Juan en su primera carta: «en esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó» (1Jn 2,5-6).

El pueblo de la primera alianza también fue llamado «hijo de Yahvé» y «primogénito de Dios» (cf. Éx 4,22; Jer 31,9); y se puede concluir que su relación de hijo «se realizaba concretamente cuando Israel imitaba a Dios»⁸⁰; Dios descansó en el séptimo día de la creación, Israel hará lo mismo; Dios liberó a su pueblo de la esclavitud, también los jefes y señores darán libertad a sus esclavos en el séptimo año. En definitiva, el nuevo pueblo será siempre más hijo de Dios cuanto más imite sus gestos, cuanto más haga suyos sus sentimientos encarnados en su Hijo Jesús.

El ser-en-Cristo hace ver que no hay posibilidad justa en concebir una antropología que se aleje de la dimensión divina y que no encuentre en Dios su origen y su fin último⁸¹.

La nueva creatura no posee una autonomía antropológica, sino que su dignidad y sus valores deben ser alumbrados por el Espíritu de Dios. Dios revela a sus hijos, por medio de Cristo, que el hombre fue creado para la plena felicidad, para la plena realización, y que su fin último está en la comunión de vida con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y, al mismo tiempo que hace esa revelación, también presenta al hombre el camino.

7.2. La inhabitación Trinitaria

La destinataria de la Nueva Alianza es sin duda la humanidad recreada en Cristo. A los que guardan la palabra de Jesús y lo siguen, se les prometió ser morada de Dios: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

De esa manera, cada ser humano, cuando recibe el Espíritu Santo en su interior, es convertido en la nueva arca de la alianza, pues portan en sí mismos el contenido de ella: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el

⁸⁰ PONTIFICIA COMMISSIONE BIBLICA, *Che cosa è l'uomo? Un itinerario di antropologia biblica*, 49.

⁸¹ Cf. *Ibid*, 60.

Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros» (1Cor 3,16-17). Esa convicción es muy importante para Pablo, por eso la recordará en otros momentos (cf. 1Cor 6,19; 2Cor 6.16; Rom 8,11; 2Tim 1,14).

La gracia que el creyente recibe orienta y potencializa sus capacidades humanas, además de aportarle también nuevas capacidades divinas. La naturaleza humana se ve valorada y alcanza su máxima dignidad y sentido en el acontecimiento salvífico.

A la nueva humanidad la espera la Jerusalén Celeste, y este camino rumbo al Reino fue considerado por muchos estudiosos de la teología como el proceso de deificación-divinización-cristificación de los hombres. El configurarse a Cristo llegará a su plenitud en el fin de los tiempos, y también aquí, entre la humanidad ya recreada y su consumación, existe la tensión teleológica del ya pero todavía no. El cristiano puede exclamar que ya es en Cristo una nueva criatura, pero todavía está en camino de consumarse como tal.

Toda esa revelación divina deja de manifiesto que el hombre es un ser intrínsecamente relacional, así como Dios lo es también; y, por tanto, el hombre está abierto a los demás, abierto a lo trascendente, al otro totalmente tu.

Ya no se puede comprender al hombre como un ser cerrado en sí mismo; es más, esa actitud es precisamente lo que lo aliena de la verdadera vida, lo aparta de su valor y dignidad.

Al contemplar los designios de Dios, queda claro que a la nueva humanidad le fueron revelados valores y verdades inmutables que tienen que orientar las prioridades entre los diferentes valores. En la cima de este monte, el mismo Cristo dejó a todos la mayor ley: amar al prójimo con la medida del amor de Cristo por la humanidad (cf. Jn 13,34).

La nueva humanidad, congregada y reunida por el Espíritu Santo, camina hacia Dios, siendo fiel a la nueva alianza que Dios firmó con ella por medio de su Hijo; y gracias a la gracia divina, mientras va de camino, ya puede gozar como un anticipo de las verdaderas alegrías del cielo.

8. La liturgia y los sacramentos de la Nueva Alianza

La Iglesia, pueblo de la nueva alianza, hunde sus raíces en el antiguo pueblo de Dios, pero tiene su origen histórico en Jesús su Fundador con quien mantiene una comunión profunda. La Iglesia, además de ser un misterio de comunión y el nuevo pueblo de Dios, es también el Cuerpo de Cristo (cf. Col 1, 18; 2,18-19; Ef 4,15-16).

La mayor de las promesas de la nueva alianza es la presencia permanente de Dios en medio de su pueblo. Esta promesa se realiza por medio de la Iglesia. Para concretar esta presencia Dios quiso disponer de algunos medios, ritos y palabras con que el pueblo pudiera invocarle, celebrarlo y estrechar la comunión con Él.

Por medio de la liturgia la unión de Dios con los hombres se hace posible, pues por ser acción del Espíritu Santo y de la Iglesia, ella mueve los corazones de los congregados a la alabanza de Dios padre. «La liturgia es acción del “Cristo total” (*Christus totus*)»⁸².

La liturgia une siempre más a los hombres con Dios y entre ellos. Remite a los hombres a sus realidades más profundas, pues en ella se hace presente la historia, las tristezas, las fatigas y alegrías de todos los que toman parte en ella. Pero, además, la liturgia tiene el poder de trascender a los hombres, llevándolos y haciéndolos partícipes de las realidades divinas, para que puedan probar un poco de lo que serán los cielos nuevos y la tierra nueva; por otra parte, ella también se encarna en el hoy de la historia, acercando a Dios para que toque el suelo existencial de cada uno.

La liturgia es la acción de gracias que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia para que el pueblo pueda celebrar, restaurar y tomar parte de los frutos de la nueva y eterna alianza que es Cristo. En ella Cristo se entrega una vez más a sus hijos e hijas.

Por medio de la liturgia los cristianos pueden ser un *alter Christus* y realizar su vocación cristiana: «vivir plenamente el misterio pascual en la

⁸² *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1136.

propia vida –morir y resucitar con Cristo diariamente– para así ofrecer al Padre en el Espíritu el sacrificio agradable»⁸³.

La liturgia de la Iglesia es una síntesis de toda la historia de la salvación, y eso se ve muy bien reflejado en su estructura que siempre hace alusión al AT y su realización en Cristo; pero no es una síntesis por la cual se recuerda un hecho aislado en el pasado sin más, sino que la liturgia actualiza aquel único misterio pascual y hace presente y actual aquella misma gracia y salvación, de manera que el que participa en la liturgia puede experimentar aquella misma acción salvadora y redentora de Cristo.

Siendo así, en la liturgia se alimenta y se vive la fe, que no es un concepto, ni una idea, pues «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁸⁴.

La fe es un encuentro con la persona de Jesucristo, y este encuentro se da de manera especial por medio de la liturgia. La palabra que define el sentido y el objetivo de la liturgia es la palabra encuentro-comunión:

En la liturgia de la Nueva Alianza, toda acción litúrgica, especialmente la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos es un encuentro entre Cristo y la Iglesia. La asamblea litúrgica recibe su unidad de la «comunión del Espíritu Santo» que reúne a los hijos de Dios en el único Cuerpo de Cristo. Esta reunión desborda las afinidades humanas, raciales, culturales y sociales⁸⁵.

Alguien que ha encontrado verdaderamente a Cristo nunca más será el mismo, pues el verdadero encuentro transforma y cambia a quien lo encuentra. Siendo así, la liturgia está conectada directamente a la vida de los creyentes, incide en ella de manera decisiva y profunda, pues el que se encuentra con Cristo puede exclamar que es uno con él.

La liturgia es la cumbre y la fuente de vida eclesial (cf. SC 10), por la que los fieles se configuran cada vez más a Cristo buen pastor, alcanzan la vida nueva según el Espíritu, y reciben la gracia de la salvación mediante la santificación.

⁸³ F. M. AROCENA, *Teología litúrgica*, 13.

⁸⁴ *Deus Caritas est*, n. 1.

⁸⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1097.

8.1. El misterio celebrado en la liturgia

En la celebración litúrgica se celebra el misterio de la Santísima Trinidad a la luz del misterio pascual de Jesucristo, quien revela la misma Trinidad. Se configura en un servicio de parte de y en favor del pueblo, pues le alcanza su santificación y unión con Dios.

Dios ha creado al ser humano para hacerle partícipe de su vida bienaventurada, para compartir con él su vida íntima intratrinitaria, para establecer con él una íntima comunión de vida. En la vida litúrgica, que es la obra de Cristo, el Espíritu Santo tiene papel fundamental, pues él es el «pedagogo», el «artífice» (cf. SC 1091) que enseña la comunidad a amar y a alabar a su Creador; él asume el papel de mediador en la liturgia, presentando las ofrendas de la comunidad para que sean santificadas, y trayendo las bendiciones de Dios sobre los dones presentados.

El Espíritu Santo recuerda el misterio de Cristo, y, por tanto, «es la memoria viva de la Iglesia» (SC 1099), y con la Iglesia coopera en mostrar al mundo la obra de salvación. La liturgia es el gran memorial de este misterio de la salvación.

Para la comprensión profunda de la naturaleza del culto cristiano, la categoría de «anamnesis», o «memorial», es de suma importancia. La liturgia de la antigua alianza también hacía memoria de las obras de salvación de Yahvé en favor del pueblo, construyendo altares, ofreciéndole sacrificios expiatorios, etc. La gran liturgia de la antigua alianza es sin duda la fiesta anual de la pascua, en la que la comunidad tomaba parte conmemorando aquel día en que Yahvé salvó a su pueblo libertándolo de la esclavitud de Egipto.

Pero la liturgia de la nueva alianza supera a la de la antigua precisamente por ser más perfecta (cf. Heb 10), pues se realiza por Cristo sumo sacerdote, el Hijo del eterno Padre, y alcanza así el perdón definitivo de todos los pecados y de todas las gentes, alcanzando a toda la historia, presente, pasado y futuro. Por eso, esa liturgia fue celebrada una única vez por Cristo en el altar de la cruz.

La noción de anamnesis, de memorial, nos hace comprender que, aunque el acontecimiento de nuestra salvación se realizó de una vez para siempre, sin embargo, al ser conmemorado en la liturgia, se nos comunican aquellos mismos frutos de su redención, de modo que quien participa en la liturgia puede afirmar: «hoy Dios me ha salvado». El tiempo de la gracia instaurado por Cristo es el eterno presente del día de la salvación, ya no existe ayer ni mañana.

La vida litúrgica gira en torno a los sacramentos (cf. SC 6).

8.2. Los Sacramentos: comunicación de la gracia divina

Los sacramentos de la nueva alianza son las obras maestras de Dios (cf. SC 1091), pues por medio de ellos se comunica la gracia salvadora de Cristo, son como fuerzas que brotan del cuerpo de Cristo gracias a la acción del Espíritu en ese mismo cuerpo⁸⁶.

La existencia de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, y de la nueva alianza dependen necesariamente de la presencia activa de Cristo en ellas. Sin Cristo, la Iglesia y la nueva alianza desaparecen y ya no encuentran su razón de ser. Dado que la nueva alianza es eterna, también lo será la presencia de Cristo (cf. Mt 28,20). Pero ¿de qué modo actúa y se hace presente Cristo en su pueblo, garantizando así la alianza y los frutos de esta?

Cristo se hace presente en la Palabra; en el sacerdote que ofrece el Santo Sacrificio; cuando se reúnen los cristianos en nombre de él (cf. Mt 18,20), pero se da «fundamentalmente por los sacramentos. Estos son los signos visibles y eficaces, mediante los cuales, Cristo, al tiempo que acusa su presencia entre los hombres, comunica a la Iglesia la capacidad de ofrecer a los bautizados los frutos de su obra salvadora»⁸⁷. Los sacramentos hacen a Cristo presente en la vida e historia de aquellos que creen en él; los sacramentos propician el encuentro del creyente con Cristo y con Dios padre.

Los sacramentos se ordenan «a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico» (SC 59). Para preparar mejor al creyente de modo que reciba con mayor dignidad y fervor a los sacramentos, la Iglesia instituyó los sacramentales.

La Iglesia ha reconocido que Cristo en su misión instituyó siete sacramentos. Aunque estos no agotan la presencia de Jesucristo, tampoco su celebración constituye la única función de la Iglesia. La tarea de la Iglesia es triple: anunciar a la Palabra; celebrar los sacramentos; practicar la caridad⁸⁸.

Comentando la razón última de la bondad divina por la que dispuso siete sacramentos, santo Tomás afirma que ellos cumplen una doble función: la de perfeccionar al hombre y la de ofrecerle el remedio para el perdón de los pecados⁸⁹. Así el Bautismo es el nacimiento para la fe; la Confirmación hace que el creyente crezca, y alimentándose de la Eucaristía gane la

⁸⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1116.

⁸⁷ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática II*, 390.

⁸⁸ Cf. *Ibíd.*, 391.

⁸⁹ Cf. *Ibíd.*, 421.

debida fuerza y vigor en su peregrinación terrena; la Penitencia le va a curar las heridas provocadas por el pecado, en cuanto que la Unción le hará recobrar el vigor, la salud y la fuerza; ya el sacramento del Orden y del Matrimonio son los sacramentos del servicio, por los cuales el creyente recibe una gracia específica para contribuir al plan salvífico del Padre.

Cristo, que es el sacramento del Padre, dio a la Iglesia, que es su sacramento, siete maneras por las que la comunidad, a través de gestos y palabras –materia y forma–, pueda invocarle, encontrarle y recibir de él las gracias necesarias para su salvación.

El principal sacramento de la nueva alianza es el bautismo, pues, comunicando al hombre la gracia de la salvación de Cristo, le abre las puertas de la Iglesia, las puertas del cielo y le hace nuevo miembro del cuerpo de Cristo, dándole la carta de nacimiento para la fe, la esperanza y la caridad.

Gracias al Bautismo el creyente puede tomar parte en aquel otro sacramento que es la cima de todos los demás, con el que todos se relacionan íntimamente, pues tienen en él su origen y fundamento, que es el sacramento de los sacramentos: la Eucaristía.

En la celebración de la eucaristía, celebrada de una vez para siempre, Dios firmó su nueva y eterna alianza, constituyendo un nuevo pueblo, una nueva Iglesia. Celebrar la eucaristía es tomar parte de esa alianza, de sus consecuencias.

Los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía constituyen el proceso de iniciación cristiana. De ellos, el Bautismo es el sacramento primero y fundamental⁹⁰ por el que el creyente, lavado por el agua, recibe el perdón de los pecados, se une a Cristo y a su Iglesia y se torna una nueva criatura. La Eucaristía ya es un anticipo del gran banquete escatológico anunciado por Cristo, en que Dios será todo en todos (cf. 1Cor 15,28).

En la Eucaristía, sacramento de los sacramentos, centro y culmen de la vida auténticamente cristiana, los fieles son llamados a tomar parte de manera plena y activa. La participación activa en la celebración consiste en dar al Espíritu Santo el protagonismo de la obra de salvación.

De los siete sacramentos, dos se destinan a la curación de los fieles: la Penitencia y la Unción. Estos sacramentos restablecen el ardor, la fuerza y la fidelidad de los creyentes para que puedan ser siempre más fieles a la nueva alianza.

A causa del pecado, la vida de gracia del creyente se ve afectada; entonces el fiel puede encontrar en la Iglesia los auxilios necesarios para emprender un camino de conversión, confesando sus pecados y alcanzar así el perdón y la reconciliación con Dios y con su Iglesia.

⁹⁰ Cf. Th. SCHNEIDER, *Manual de Teología dogmática*, 847.

Quien se confía a estos sacramentos se ve renovado y restaurado en espíritu, pues por la gracia recibida y la verdadera conversión del corazón puede llevar una vida nueva en el Espíritu.

Los sacramentos tocan todas las dimensiones de la vida del creyente, toda su existencia humana, incluso los momentos de enfermedad y el tránsito de la muerte, ayudándole a vivirlo como su pascua definitiva para encontrarse con el Padre.

En los momentos de la enfermedad y de la muerte también Cristo está presente y al lado del que sufre, pues en su humanidad compartió nuestros sufrimientos al modo humano; lo que crea un vínculo especial de solidaridad con nosotros. También la presencia de la comunidad, de la Palabra de Dios, y en especial del sacramento de la Unción, es un consuelo para el creyente que afronta las dificultades inherentes a la condición humana.

Como afirma A. Cordovilla, «por la santa unción de los enfermos, junto con la oración sobre ellos, la Iglesia entera los encomienda al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve»⁹¹.

Hay que resaltar que la Unción de los enfermos no es el último sacramento del cristiano, sino un sacramento que lo prepara para que pueda recibir la Eucaristía, este sí debe de ser el último sacramento de la vida cristiana.

Los últimos dos sacramentos instituidos por Cristo son los sacramentos del servicio: el Orden y el Matrimonio.

Por el sacramento del orden se instituye a algunas personas idóneas y capaces para el ministerio apostólico, sirviendo así a la Iglesia y a sus miembros en lo que se refiere al cuidado del pueblo de Dios, celebrando con ellos los sacramentos, difundiendo la palabra de Dios y practicando la caridad.

Los ministros sagrados «hacen presente de modo especial el único sacerdocio de Cristo al tiempo que hacen visible el carácter sacerdotal y diaconal de toda la Iglesia en cuyo nombre se ejerce»⁹², mientras que los cristianos son llamados a ser *alter Christus*, los presbíteros, siempre que actúan en nombre de la Iglesia lo hacen como *ipse Christus*. Vale resaltar que el sacerdocio de los ministros consagrados difiere del sacerdocio común de los fieles en esencia, y no en grado (cf. LG 10).

Los ministros sagrados, sean los obispos, presbíteros o diáconos, por medio de la ordenación, reciben un don indeleble especial para que puedan desarrollar una misión específica en la jerarquía de la Iglesia y en favor de toda ella. Este ministerio participa en el misterio mismo de la Iglesia, de

⁹¹ A. CORDOVILLA, *La lógica de la fe: manual de Teología dogmática*, 594.

⁹² *Ibid.*, 603.

manera que «solo en la medida en que se entiende el ser de la Iglesia, se esclarece el ser del sacerdocio ministerial o jerárquico»⁹³.

Fue voluntad divina conceder a la Iglesia el don del ministerio. Jesús fue revelando en sus actos y palabras esa disposición divina, y de manera más concreta cuando llamó a los apóstoles (cf. Lc 6,12-16; Mt, 4,18-22; Mc 3,13-19; 10,1-8; Jn 1,35-51).

La gran misión y razón de ser del ministerio sacerdotal en la Iglesia «es continuar la voluntad expresada por Jesús de elegir a los Doce, a los que “denominó apóstoles” (Lc 6,13), o sea, “enviados con representación oficial”»⁹⁴. Jesús concedió de manera muy especial a los apóstoles la gracia de participar en su propio ministerio, actuando y hablando en su nombre (*in persona Christi*), con su misma autoridad y con su misma fuerza (cf. Mt 10,5-8). Actuar *in persona Christi Capitis* no significa que los obispos, sucesores de los Apóstoles, o los presbíteros suplanten a Cristo, sino que ellos son los instrumentos animados y libres a través de los cuales Él sigue obrando la salvación en nuestro mundo. Obispos y presbíteros son signo de la acción salvífica actual de Cristo. Hay que señalar que el diácono no actúa *in persona Christi Capitis*.

El ministro sagrado (obispos y presbíteros), haciendo las veces de Cristo, congrega a la Iglesia, la educa, la corrige, la anima, la consuela y camina junto a ella, trabajando por su santificación, de ahí que tenga que configurarse cada vez más con Cristo buen pastor (cf. PDV, 1). El ministro no es un funcionario, sino que es pastor de la grey que se le confió.

El otro sacramento del servicio es el matrimonio. Según el *CIC*, la «alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados»⁹⁵.

El matrimonio, institución divina y humana, refleja el misterio de la maternidad de la Iglesia. Del matrimonio nace la familia, la iglesia doméstica.

Por medio del matrimonio, los conyugues están llamados a colaborar en el plan salvífico de Dios, siendo fecundos, pues tienen la gracia de participar en la misión divina de engendrar la vida, de cuidarla y promocionarla.

El matrimonio en la nueva alianza es signo de Cristo que se identifica como el novio presente (cf. Mt 9,14-15), o el novio esperado por las

⁹³ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática II*, 602.

⁹⁴ *Ibíd.*, 606.

⁹⁵ *Código de Derecho Canónico*, 1055.

vírgenes prudentes (cf. Mt 25,1-13). Es signo también de la entrega de Cristo a su Iglesia, que fundamenta el amor matrimonial.

9. La moral de la Nueva Alianza

En cuanto que la liturgia es la fe celebrada, la moral es la fe vivida, hecha realidad por los cristianos. La moral cristiana busca orientar al fiel para que alcance su salvación, respondiendo a la pregunta fundamental de la moral: «Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?» (Mt 19,16; y paralelos en Mc 10,17; Lc 18,18).

La vida cristiana, además de ser una peregrinación, está enmarcada profundamente por el ejercicio de la libertad, que, unida a la reflexión, al conocimiento y a la gracia divina posibilita al creyente calificar las acciones de buenas o malas, y así decidirse por el bien o por el mal.

Las acciones ponen en juego su salvación. Además de la ley natural y la reflexión filosófica, la moral está también iluminada por el contenido de revelación cristiana, pues la pregunta fundamental de la moral es una pregunta por la salvación, por el destino último del ser humano revelado en Jesucristo.

Es cierto que la salvación se consumará en la Jerusalén celeste; pero también es cierto que esta misma salvación ya ha sido instaurada por Cristo en el mundo. Por eso, es importante optar en cada instante por esta salvación, trabajando por ella cada día –como dice san Pablo– «con temor y temblor» (Fil 2,12). Lo que hacemos hoy tiene un carácter definitivo, de modo que puede salvarnos o hacernos pregonar ya el quedarnos fuera de la boda escatológica de la que nos habla Jesús con lenguaje parabólico (cf. Mc 16,16-18).

Todas las dimensiones humanas se ven afectas por el plan salvífico, de modo que es en el aquí y ahora cuando uno tiene que decidir y optar por la salvación que Dios nos ofrece. De ahí resultan las amonestaciones de Pablo a Timoteo para que oriente al pueblo a mantener la verdad de la sana doctrina si quiere salvarse (cf. 2Tim 4,2-5).

Aunque nuestras opciones son personales, sin embargo, no vivimos la vida moral solos, sino como miembros de una comunidad. La salvación es personal y, a la vez, siempre comunitaria. A los hombres y mujeres de nuestro tiempo, nuestros compañeros de viaje, «la Iglesia ofrece también su

doctrina social»⁹⁶, que es una luz en el camino. El amor de Dios se ofrece a todos sin excepción. Una vez renovados por ese amor, podemos cambiar al mundo, sus estructuras de poderes, las relaciones y los valores llevando la paz y la justicia por todas partes, creando puentes para la fraternidad.

En el centro y corazón de la ley siempre estuvo el hombre. La ley quiere guardar y promover la dignidad humana. Cualquiera disposición que vaya en contra de ese principio basilar no es una ley y compromete la integridad humana.

El hombre tiene unos derechos inalienables que se deben garantizar, proteger y posibilitar su disfrute, por eso la vivencia de la fe se encarna en la realidad y reclama el cambio de las estructuras injustas y destructoras; de estructuras que esclavizan, matan y provocan la guerra entre los pueblos.

Tampoco la ley se encuentra lejos del hombre, sino que está dentro de su corazón. El Señor había profetizado por boca del Jeremías: «Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones» (Jer 31,33). Esta profecía se cumplió el día de Pentecostés cuando el Señor derramó su Espíritu Santo sobre la primitiva Iglesia. Esta ley no está escrita ni sobre tablas de piedra, ni pergaminos sino en el corazón de los fieles. Esta ley nueva no es otra que el amor, la gracia del Espíritu Santo.

La moral de la nueva alianza quiere garantizar y proteger la misma alianza, pues cuando, por el pecado, el rostro de Dios, del hombre y del mundo se ven desfigurados, significa que el pueblo se olvidó y se apartó de esa alianza y, corrompiéndose unos a otros, ya no practican el bien (cf. Sal 14,1).

Esta moral, leída a la luz del acontecimiento Jesucristo, quiere enseñar, proteger y promover el verdadero culto a Dios, pues «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre desea que lo adoren así» (Jn 4,23).

Esta es la tarea ardua que tiene el cristiano: vivir la fe que profesa. Esta vida, pues, se constituye en un estilo de vida que ya no se identifica con el del mundo:

Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros, el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo, igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos (Mt 20,25-27).

⁹⁶ PONTIFICIO CONSEJO DE JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 3.

La nueva moral de la nueva alianza produce un cambio radical de paradigmas y de lógica que hasta entonces predominaba en la sociedad (cf. Mt 5,21-48). El cristiano tiene a Cristo como modelo y ejemplo a seguir, su manera de ser y actuar en el mundo tiene que ser las mismas que las de Cristo, y siendo así, los cristianos son llamados a formar en el mundo una nueva sociedad de amor y de cuidado o preocupación por los otros; la comunidad de la alianza, la Iglesia de Cristo Jesús, tiene la misión de hacer que el rostro del Padre se refleje cada vez más en el mundo.

Si la moral tiene como objetivo ayudar a que los cristianos se configuren cada vez más a Cristo buen pastor para que actúen como otros Cristos en la tierra, ¿cuál sería el *modus operandi* del cristiano? En otras palabras, ¿cuál es la ley por excelencia que esa nueva moral presenta, y por la que los cristianos alcanzan la fidelidad a la nueva alianza y, asociados al misterio salvífico del Padre, colaboren en la construcción del Reino de Dios alcanzando los méritos de la salvación de Cristo?

Esa ley es la ley del amor liberador de Cristo: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34), pues la plenitud de la ley es el amor (cf. Gál 5,13).

9.1. *El mandato del amor*

Toda la historia de la salvación, al igual que el cosmos, tiene como origen, medio y fin el amor divino. La creación es fruto del desbordamiento del amor divino; Dios creó al hombre –como hemos dicho– para compartir con él su misma felicidad. Al salvarle o redimirle lo hace sentar a su mesa porque lo ama muchísimo, y este amor lo demostró en la historia a través de sus alianzas y de su cercanía con el pueblo elegido y con los demás pueblos a los que nunca abandonó. Dios colma de gracias y auxilios, corrige y está siempre amonestando a su pueblo porque lo ama (cf. Pr 3,12; Heb 12,6).

El amor de Dios es tan inmenso que envió a su Hijo Unigénito al mundo para salvarlo (cf. Jn 3,16). Sin duda podemos concluir que toda la economía de la salvación es en realidad la historia del amor de un Dios apasionado por un pueblo que constituyó definitivamente en la sangre de su Hijo querido.

El amor divino también desborda en las palabras y obras de Jesús, que siempre estuvo en busca de las ovejas perdidas de Israel, a quienes, muchas veces, aquellos que se decían conocedores de la ley y de Dios, habían olvidado y expulsado de la comunidad creyente.

En la nueva comunidad de la alianza, Jesús devuelve a los pobres, enfermos y pecadores su lugar ante Dios, su dignidad de personas y de

hijos queridos. Las curaciones y las obras portentosas que Jesús realizó demuestran su convicción de ser amado por Dios Padre. Esa convicción se expresa en las siguientes palabras que definen su misión salvadora:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,18-21).

El mayor acto de amor es la entrega total de uno mismo (cf. Jn 15,13). Jesús experimentó ese amor pleno de su Padre en su vida (cf. Jn 14,10), y, a su vez, hizo de su vida una entrega total a su Padre y a su pueblo, alcanzando su máxima expresión de amor en la Cruz.

A todos los que Dios asoció a su obra de salvación como colaboradores en su Hijo Jesús por la gracia del Espíritu, también les dio la misión de amar y entregarse totalmente como señal de ese amor divino: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15,9-10).

Solo puede amar aquel que se sintió amado un día, por eso los cristianos pueden amar de la misma manera que Dios ama al mundo en la persona de su Hijo. El hombre ya no necesita andar mendigando amores fugaces, incapaces de completarlo, pues el cristiano, asociado al misterio de Cristo por el Bautismo, ya experimentó la fuerza del amor de Dios en su vida.

Ese amor divino también desborda el corazón del creyente y lo lleva a amar a su prójimo con el amor de Dios y no con el suyo. Cristo es la medida del amor verdadero: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34).

El ejercicio de amar se convierte en el *modus operandi* que Jesús ha dejado a sus discípulos, y el mismo amor es lo que hace diferente la comunidad cristiana de las demás comunidades: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13,35).

9.2. Las virtudes

El cristiano nacido por el Bautismo y partícipe de la nueva vida en Cristo (cf. 2Pe 1,4) tiene la misión de configurarse a Cristo buen pastor. No se trata de imitar externamente las acciones de Cristo, cumpliendo

simplemente mandatos, sino que se trata de algo mucho más radical: «adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar en la obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre» (VS, 19).

Este proceso de configuración hace del cristiano un verdadero discípulo del Maestro: «Os he dado ejemplo para que lo que he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,15 y otros pasajes 1Pe 2,21; 1Jn 2,6). «El modelo que el cristiano propone a la humanidad es imitar la vida de Jesús, imitarle hasta el punto de identificarse con Él»⁹⁷.

El proceso de identificación empieza por «pensar como Cristo (1Cor 2,16), querer como Cristo (Ef 3,17; Fi 4,7) y tener los mismos sentimientos de Cristo (Fi 2,5)» hasta llegar entonces a exclamar como Pablo: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

En esa labor salvífica del creyente, las virtudes son de gran ayuda, pues por medio de ellas se puede alcanzar la identificación con el Maestro en el ejercicio diario de configuración con él.

No se puede perder de vista que el gran protagonista en ese proceso de configuración con Cristo hasta identificarse con él, es el Espíritu Santo, que como un alfarero va moldeando al cristiano. En ese proceso, el creyente es quien coopera, pues el autor de esa obra es el Espíritu.

La cooperación del creyente tiene que ser constante, insistente, con el propósito de generar en él ciertos hábitos, que facilitaran su buen obrar. «La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma». Como decía san Gregorio de Nisa, «el objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios»⁹⁸.

El hombre, en su peregrinar, dispone de las virtudes humanas, morales, cardinales, teologales y de los dones del Espíritu Santo, para llegar a ser un *Alter Christus*.

Las virtudes humanas pueden definirse también como «actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe»⁹⁹.

La práctica del bien parece no ser automática en el hombre, no basta solo querer, sino que se exige un esfuerzo. El mismo profeta Isaías también reconocía la exigencia de la fuerza de voluntad del hombre para llevar una vida recta y agradable a los ojos de Dios: «Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien» (Is 1,16-17).

⁹⁷ A. FERNÁNDEZ, *Moral fundamental: iniciación teológica*, 152.

⁹⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1083.

⁹⁹ *Ibíd.*, 1804.

Al decidirse por una vida virtuosa, el creyente deja de manifiesto que, desde su libertad, hace una opción fundamental de vida, elige estar con Dios y ser feliz, decide realizarse en cuanto verdadero hombre y cristiano que es. El ejercicio de la virtud también torna al hombre más libre, pues este ya no es más un esclavo de las pasiones, que oscurecen la inteligencia y desvirtúan al entendimiento dificultado la recta elección, sino que, como un ser autónomo que se va constituyéndose bajo la ayuda de la gracia divina, es capaz de elegir el bien, la belleza y la verdad, y rechazar todo lo que no condice con una autentica vida cristiana.

Las virtudes también resaltan y dignifican más al ser humano, apartándole de decisiones meramente instintivas como tienen los demás animales, y resaltan en él lo que tiene de más bello y genuino: la libertad, la razón, la gracia.

El apóstol Pablo es quien desarrolla de manera más completa una teología de la vida virtuosa en Cristo; reconociendo la real importancia que ellas juegan en la vida del cristiano en la fidelidad a la opción fundamental de vida y existencia, va a amonestar a sus comunidades a que las cultiven y que las vivan entre ellos (cf. Col 3,12-15; Fil 4,8).

Vale resaltar que, aunque las virtudes puramente humanas tengan su gran valor y grado de dignidad, no son suficientes para que el hombre alcance la salvación. Por ello, Dios le concede su gracia divina por medio del Espíritu Santo, potenciando lo que ya tiene de bueno, bello y verdadero, posibilitando que tome parte de los méritos de Cristo.

En el ejercicio de la virtud, la pasión o los sentimientos, tienen una función muy importante cuando están rectamente ordenados, pues son como que un motor, un catalizador en la vida del cristiano, que lo hará vivir intensamente y con más vitalidad su vida a la luz de los misterios divinos.

Las virtudes se oponen a los vicios, los pecados. Es verdad que todos los pecados ya fueron perdonados por Cristo en la cruz, pero el hombre, influenciado por las estructuras de pecado que aún existen en la vida, denotando que el enemigo aun sigue como un león rugiente buscando a quien devorar (cf. 1Pe 5,8), afectado por la concupiscencia, débil en la vida de virtud, y haciendo mal uso de su libertad, muchas veces cede a la tentación de las pasiones y cae en el pecado, apartándose de la gracia divina.

Es verdad que cuanto más ejercitado uno esté en las virtudes, más fácil es resistir a la tentación, pero la vida moral no se limita a «evitar el pecado», sino que tiene en consideración la «realización del ser humano a la medida del hombre revelado en Jesucristo»¹⁰⁰.

¹⁰⁰ J. R. FLECHA ANDRÉS, *Teología moral fundamental*, 353.

Lo importante en la peregrinación rumbo a los nuevos cielos es contar siempre con la ayuda de Dios, que se hace presente al cristiano de múltiples formas. Lo importante es que el hombre nunca se ahogue en su orgullo, arrogancia y prepotencia, sino que siempre permita un espacio donde pueda actuar la gracia divina.

10. La consumación de la Nueva Alianza en los cielos nuevos y en la tierra nueva

La fe de Cristo y de la Iglesia es una fe en la esperanza escatológica en que el plan salvífico de Dios Padre llegue a su definitiva consumación al final de los tiempos. Dios, al resucitar a Jesús de entre los muertos, da a sus hijos la esperanza-certeza de que también ellos, una vez muertos con Cristo por el Bautismo, resucitarán para la vida eterna; y esta obra la llevará a cabo la santísima Trinidad (cf. Rom 6,4.8-11).

El núcleo que sostiene la fe cristiana es la fe en la resurrección de Jesucristo:

Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe (1Cor 15,12-14).

Jesús anuncia al mundo que la tierra que Dios prometió al pueblo de la nueva alianza no está en ningún sitio geográfico en el mundo o en el cosmos, sino que esta tierra es el mismo corazón de Dios. Por eso, los hombres están llamados a emprender una marcha escatológica que culminará en la comunión eterna con la santísima Trinidad.

Los frutos, logros y la gracia que en vida los cristianos experimentan, sea por la Palabra de Dios o por los sacramentos, en sus vidas terrenales, son en realidad un anticipo, un pregonar y la garantía de aquella otra realidad que será consumada cuando Dios sea todo en todos (cf. 1Cor 15,28).

Siendo así, la esperanza escatológica adquiere una amplitud que va más allá del individuo, es más, «la esperanza para el individuo se enmarca en el horizonte mayor de la esperanza para el mundo»¹⁰¹. Los nuevos cielos serán la renovación definitiva no solo del hombre, sino también de toda la creación.

¹⁰¹ Th. SCHNEIDER, *Manual de Teología dogmática I*, 1013.

Antes de que el hombre pueda disfrutar de ese cielo nuevo tendrá que afrontar todavía otra realidad: la muerte. La experiencia humana parece corroborar que, aunque la muerte sea una realidad inherente a la naturaleza humana, los hombres no están preparados para experimentarla, pues ella se impone a la humanidad como un misterio; «el sentido universal de la muerte va en paralelo (sin querer encontrarse) con el deseo común de perpetuar la vida»¹⁰².

El siglo XX brindó a la humanidad grandes reflexiones sobre el sentido de la muerte; muchos hasta llegaron a afirmar que el hombre es un ser destinado a la muerte; lo cierto es que en todas las culturas y pueblos el misterio de la muerte siempre impactó a más de uno.

La reflexión sobre la muerte gana importancia, pues está directamente relacionada al sentido que puede tener la existencia humana. Ante la muerte cabe preguntarse si existe una realidad más allá de ella. Esta pregunta es importante y reclama nuestro esfuerzo por responderla, pues en ella está en juego el sentido de la vida. A este respecto en GS 18 podemos leer lo siguiente:

El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte.

El hombre no está creado para la muerte, sino para la vida, aunque la muerte forme parte de su condición humana. La fe revela al hombre que su destino no termina con la muerte, sino que fue creado para una realidad de vida futura. Su destino se encuentra en el «más allá de las fronteras de la miseria terrestre» (GS 18).

El mismo número de GS que hemos citado anteriormente añade lo siguiente respecto de este tema:

La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte.

¹⁰² A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática II*, 679.

Solamente una fe verdadera que se apoye en sólidos argumentos podrá dar una respuesta a la altura del misterio de la muerte. Solamente la fe puede ser el consuelo capaz de alentar al corazón humano ante esa experiencia que le sorprende y le interpela.

Para el creyente, la muerte no le quita la vida, sino que la transforma, la colma de plenitud y sentido; de esa manera, ella no es vivida solamente por la tristeza, sino que sobresale la alegría y la esperanza. La muerte para el cristiano es una ganancia y no un pesar (cf. Fil 1,21).

Para quien vive según el Espíritu, la vida se convierte en un morir cotidiano (cf. 1Cor 15,31) al pecado y a las cosas pasajeras y sin sentido del mundo presente. El creyente está convicto de que mientras camine entre los bienes que pasan tiene que abrazar a los que no pasan.

De ese modo, la muerte marca el fin de una vida terrena, pone fin al tiempo de la prueba del cristiano, y le abre a la vida nueva y eterna en la Trinidad: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación» (2Tim 4,7).

La esperanza de la parusía «está fundada y posibilitada por el acercamiento de Dios al mundo que comienza en la Creación, y será consumada a través de la misión del Hijo y del Espíritu»¹⁰³; fin y principio se tocan y se unen, la protología ya indicaba y está contenida en la escatología.

La consumación de la nueva alianza en los cielos nuevos tiene unos momentos previos, que son la resurrección de la carne de todos aquellos justos que esperaron en Dios y no fueron defraudados (cf. Sal 22), y también el juicio universal y colectivo. Esto se dará en la parusía, la segunda venida de Jesús.

10.1. La resurrección de la carne

En el NT ninguno de los relatos que hablan de la resurrección se plantea la cuestión de si el alma humana es o no inmortal. El posible problema de la vida después de la muerte está íntimamente relacionada con la fidelidad de Dios. De este modo la cuestión tiene un claro trasfondo teológico, y no antropológico¹⁰⁴. El hombre se pregunta si la muerte puede ser una barrera para la acción de Dios.

¹⁰³ A. CORDOVILLA, *La lógica de la fe: manual de Teología dogmática*, 637.

¹⁰⁴ Cf. *Ibíd.*, 679.

En el judaísmo de tiempo de Jesús estaban los que creían en la resurrección –los fariseos– y los que la negaban –los saduceos– (cf. Hch 23,6-8; 24,14-15). Cuando a Jesús le preguntaron por la resurrección de los muertos, la afirmó claramente (cf. Mt 12,18-27), sosteniendo que Dios mantendrá siempre su fidelidad a los que le hayan sido fieles.

Los primeros cristianos podían sostener que la muerte no era una dificultad para la intervención salvadora de Dios, pues habían tenido la experiencia de la resurrección de Jesús. Si Dios resucitó a su Hijo Jesús de entre los muertos, los que forman parte del Cuerpo de Cristo tienen una garantía de que también ellos resucitarán. Imbuido de esta certeza, san Pablo afirma lo siguiente:

Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo, en su venida; después al final, cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, poder y fuerza (1Cor 15,21-24).

Para la fe cristiana en la resurrección es de gran importancia la afirmación de la resurrección de la carne. Lejos de producir una escisión o una oposición entre cuerpo y alma, el cristianismo defiende la unidad humana en cuerpo y alma. Solo la muerte hace que esta unidad se rompa, pero no de forma definitiva.

Tras la muerte, el hombre ya encuentra inmediata retribución según las obras que haya practicado, y eso lo vemos en el pasaje del pobre Lázaro (cf. Lc 16,22), en el pasaje del ladrón crucificado junto a Jesús (cf. Lc 23,43), así como en otros textos (cf. 2Cor 5,8; Fil 1,23; Heb 9,27; 12,23). Esa retribución es a causa del juicio particular que recibe tras su muerte, ya sea para su purificación –purgatorio–, para su entrada en la bienaventuranza –el cielo– o para su condena eterna –el infierno¹⁰⁵.

El infierno es una posibilidad real y eterna a la que el creyente puede ser sometido tras su muerte. No es fácil «comprender el porqué último de la eterna condenación»¹⁰⁶; también Jesús habla varias veces de esa realidad (cf. Mt 13,42,50; 25,30.41; Lc 13,28) que aparentemente viene a contradecir el gran amor que Dios ha empeñado en su alianza con los hombres. Sin embargo, hay que reconocer que el amor solo es creíble si

¹⁰⁵ Cf. *Ibíd.*, 1022.

¹⁰⁶ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática II*,

condena todo aquello que contradice o se opone gravemente al amor. De lo contrario ese amor no resultaría creíble.

El hombre, en el ejercicio de su libertad, puede elegir no estar con Dios, rechazar la oferta de salvación y felicidad plena que le fue dada en Cristo. La mayor pena que enfrentan los que van al infierno es no gozar más de la presencia y cercanía de Dios, ni de su ayuda y consuelo. La Biblia describe esa realidad como muy penosa, y recurre a la imagen del infierno como un lugar de fuego que no se apaga (cf. Mt 25,41; Lc 9,43.46.48).

Pero lo central del cristiano no es la muerte eterna, sino la buena noticia de la vida eterna. Por eso, la existencia del infierno se convierte para él en algo que le mantiene siempre despierto, siempre alerta para vivir plenamente la alianza con Dios.

Tras la muerte, el alma mantiene su tendencia a informar a un cuerpo, y así, si el alma es inmortal, también el cuerpo lo es. «A este respecto, conviene subrayar que santo Tomás afirma que tal separación es *contra naturam*. (...) [y] reconoce que existe en el alma una *naturalis aptitudo* para que la unión con el cuerpo se lleve a cabo»¹⁰⁷. Para alcanzar su perfección el alma necesita un cuerpo.

En ese sentido se va a desarrollar ya muy pronto en el cristianismo la idea del cuerpo glorioso: «Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso» (Fil 3,21). La Iglesia expresa esta fe en el prefacio I de difuntos: «al deshacerse esta morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

Este cuerpo glorioso no será totalmente nuevo en el sentido de totalmente creado por Dios, sino que guardará una identidad sustancial con el cuerpo terrestre, como mínimo una identidad específica –cuerpo humano y no un fantasma– y una identidad numérica –«mí cuerpo»¹⁰⁸.

Una vez más se constata que el lenguaje y el entendimiento humano no son capaces de expresar esa realidad tan sublime. Hasta el mismo san Pablo afrontó esas dificultades vividas por la comunidad de Corintio, recurriendo a comparaciones e imágenes para argumentar, como por ejemplo la imagen de la semilla desnuda que se transforma en otro cuerpo (cf. 1Cor 15,35-41).

El cómo de la resurrección sobrepasa la imaginación y el entendimiento humanos. Pero tenemos la certeza de que Cristo resucitó con su propio cuerpo (cf. Lc 24,39) y se apareció a sus discípulos, aunque para reconocerlo necesitaron recibir una gracia especial (recordemos a este propósito el caso de María Magdalena o de los discípulos de Emaús). La

¹⁰⁷ *Ibíd.*, 699.

¹⁰⁸ Cf. *Ibíd.*, 707.

eucaristía es ya un «anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo»¹⁰⁹.

10.2. El juicio de la historia

Los cielos nuevos y la tierra nueva ya se encuentran prefigurados en la profecía de Isaías (cf. Is 51,6; 65,17-18), y en el NT solo aparece una referencia explícita en dos pasajes (cf. 2Pe 3,13; Ap 21,1).

Estos cielos nuevos y esta tierra nueva tendrán lugar después del juicio universal. Cuando todos hayan resucitado para Cristo –juicio particular–, entonces Dios pronunciará el juicio de la historia por completo. Todo esto forma parte de un gran misterio que sobrepasa la comprensión humana. Así se expresa la enseñanza de la Iglesia:

Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afectada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. (GS 39).

Lo cierto revelado por Cristo es que con el juicio final se establecerá de forma definitiva y en plenitud el Reino de los cielos predicado por él. La comunidad joánica tenía muy claro que este juicio final consistía en un combate escatológico en el que intervendría Jesús en su segunda venida.

Tras este combate los justos, es decir, los santos, heredarían los cielos nuevos y la tierra nueva. La comunidad interpreta esa posesión como la boda definitiva de Yahvé con su pueblo. Todo el pueblo reunido será la nueva Jerusalén desposada por el cordero Cristo Jesús (cf. Ap 21,9).

Este encuentro definitivo será el consuelo para el pueblo, pues Dios «enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido» (Ap 21,4).

A lo largo de la historia hubo muchos movimientos teológicos que quisieron dar una respuesta a este gran misterio del fin de los tiempos, pero cayeron en el error de identificar al Reino de los Cielos con la idea de progreso y bienestar social; pero lo correcto es afirmar que «redención y progreso temporal no se identifican y que la historia de la salvación e

¹⁰⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1000.

historia humana se distinguen, aunque ambas se incluyen en el único designio salvífico»¹¹⁰.

La certeza de la fe cristiana anuncia una sabiduría que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1Cor 2,9; correlatos en Sal 19,4; Eclo 1,10; Is 64,3; Jer 3,16).

La consumación final es la consumación de la alianza, del plan salvífico del Padre, en que Cristo vendrá en su gloria y majestad. Los cristianos aguardan vivamente este momento en que recibirán sus cuerpos gloriosos. Mucho más no se puede decir de lo que espera a los cristianos en la parusía, pues se desconoce cuándo eso se dará (cf. Mt 24,36), y también la manera como todo eso sucederá.

Como Abrahán, una vez más hay que emprender la marcha fiándose de las promesas divinas, pero ahora, el pueblo elegido tiene a Cristo como garantía de la fidelidad de Dios a sus promesas y planes. Toca al cristiano recobrar siempre el aliento y la esperanza; vencer al desánimo y caminar seguros de que, aunque la batalla no haya terminado, ya posee la certeza de la victoria.

¹¹⁰ A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática II*, 717.

CONCLUSIÓN

La reflexión sobre la alianza fue muy importante a la hora de brindar una síntesis teológica que abarcara todos los principales tratados de la fe cristiana, logrando así el objetivo de este trabajo. Desde esta misma categoría se pudo aunar grandes conclusiones respecto a la economía de la salvación.

De esta manera, el primer capítulo nos ayudó a ver que, desde el primer momento de la creación, Dios se puso en diálogo con el hombre para ofrecerle su gracia y sus dones, y lo hizo mediante una pedagogía adecuada, respetando el modo de comprender y de ser en general del hombre. De este modo, Dios entró en relación con la humanidad de un modo concreto: por medio de alianzas.

En estos pactos, firmados con su pueblo por intermedio de personas santas y fieles a Yahvé como Noé, Abrahán, Moisés, patriarcas, jueces, reyes, profetas, Dios fue conduciendo a su pueblo.

El capítulo segundo presentó la alianza más importante de todo el Antiguo Testamento, aquella pactada con Moisés en el Sinaí. Es ese monte Dios regaló a su pueblo la ley como prueba de su amor y como luz que alumbrara sus pasos durante su laborioso peregrinar por esta vida.

El tercer capítulo ofreció una reflexión que demuestra que no fue fácil al pueblo seguir los mandamientos del Señor y ser fieles a la alianza, pues muy pronto este mismo pueblo tan querido por Yahvé cayó en el pecado y se apartó de Dios; cuando más se apartaba de Dios, más se desvirtuaba. Pero el amor insondable de Dios suscitaba en medio del pueblo hombres inflamados por el Espíritu de Yahvé que profetizando y acusando, ayudaban al pueblo a recobrar el buen camino.

En el cuarto capítulo se pudo concluir que Cristo, el enviado del Padre, es quien lleva a cabo, por medio su sangre, la nueva y eterna alianza de Dios con la humanidad. Jesucristo es el prometido del Padre, aquel que revela a Dios e inaugura un nuevo tiempo, el tiempo de la gracia.

Toda la misión de Jesucristo se manifestó como cumplimiento de las profecías, e instauró el Reino de Dios en el mundo. Se puede decir que, en

Cristo, el Antiguo Testamento cobra su verdadero sentido, pues todo ello apuntaba para el mesías.

En el quinto capítulo se reflexionó sobre la verdadera imagen de Dios revela por Jesucristo. Después de la caída el hombre deformó en su corazón la imagen de Dios. Por sí mismo era incapaz de volver a recuperar esa imagen y de reflejarla en su propia vida. Cristo es la palabra final del Padre, y revela a la humanidad un Dios de amor y de la justicia, un Dios que es Padre (*Abbá*), que se hace cercano y quiere compartir de la vida de los hombres, para que estos compartan de la suya.

El Dios revelado por Jesucristo no quiere la muerte, sino la vida, y está siempre dispuesto en ayudar a sus hijos.

Toda la economía de la salvación fue llevada a cabo por Dios mediante su Hijo, que quiso salvar al hombre no aisladamente, sino en comunidad, y este fue el tema del sexto capítulo.

La Iglesia instaurada por Cristo es el ámbito ordinario querido por Dios para manifestarse y comunicar su gracia a los fieles. La Iglesia misma es la congregación de los hijos de Dios unidos y reunidos por el Espíritu Santo que la vivifica y es el mediador en las acciones litúrgicas, llevando a Dios las alabanzas, dones y súplicas de la comunidad, y trayéndoles las gracias divinas.

El hombre fue creado por Dios para que alcanzara las bienaventuranzas, y en la Iglesia se dan todas las posibilidades para que él responda a su vocación primera a la santidad, y también cuenta con la intercesión de los que le precedieron en la fe, y gracias a su fidelidad recibieron la prenda de la vida eterna.

Entre esa multitud de los santos ocupa un lugar destacado la Virgen Santísima, quien, gracias a su fidelidad y entrega a la palabra de Dios, fue el tabernáculo del Altísimo, y contribuyó de forma eficaz a la obra de la salvación. En ella los cristianos encuentran los ejemplos, la docilidad al Espíritu y la firmeza de fe que necesitan para alcanzar también ellos las bienaventuranzas.

El séptimo capítulo está dedicado al tema de la nueva antropología que se instaura con la nueva alianza. La acción redentora de Cristo recreó todas las cosas, y colmó al ser humano de unos dones y gracias sobrenaturales. El nuevo hombre se convirtió en el tabernáculo del Altísimo, en la nueva arca de la alianza que porta en sí mismo la santísima Trinidad, y por eso puede alcanzar la perfecta semejanza con su Creador.

Es verdad que también en la nueva alianza Dios quiso proveer de medios concretos y visibles por los cuales la multitud de los fieles le pudiese invocar y alabar. Por medio de la liturgia los fieles alaban a su Creador y reciben de él los frutos de la redención.

La celebración de los sacramentos –tema de nuestro octavo capítulo– forma parte de la liturgia de la Iglesia. Los sacramentos son acciones del Espíritu y de la Iglesia que comunican la gracia salvadora de Cristo a los bautizados. De este modo, los cristianos reciben, por medio de los sacramentos, las fuerzas y gracias necesarias para cada momento y necesidad que tienen en la vida. El cristiano en la Iglesia nunca se siente desamparado, sino que los sacramentos acompañan y celebran los acontecimientos más importantes de su existencia para vivirlos en la presencia de Dios y recibiendo en ellos una gracia especial.

Dios, en su inmenso amor de Padre, hizo ver a la humanidad la manera correcta de vivir y agradarle, es decir, hay una manera especial de vivir la fe, y esta es la moral cristiana, que orienta los pasos de los fieles, pues la fe no es solo una adhesión racional a la verdad divina, sino también una adhesión total del ser humano a Dios. Toda la moral cristiana se resume en el seguimiento de Cristo. Él es en definitiva la Ley a la que tenemos que acomodar nuestras decisiones y acciones. La Ley nueva es su Espíritu Santo.

La fe revelada y hecha don a los bautizados, tiene que encarnarse en las acciones de las personas, tiene que hacerse vida y orientar todas las dimensiones de la vida del creyente. La fe vivida va a crear cristianos virtuosos y asiduos verdaderamente en la práctica de la caridad. Todo eso lo hemos visto en el noveno capítulo.

Al hombre le espera el verdadero reino, el Reino de Dios, la Jerusalén celeste. Su marcha por la tierra es un paso, es un comienzo y no tiene su fin en la tragedia de la muerte. Por eso la vida humana tiene un *Télos*, un fin, un sentido último, un objetivo. A respecto de todo eso, lo hemos estudiado en el décimo capítulo de nuestro trabajo.

La finalidad de toda esa historia es que en la parusía todo se consume y llegue a su plenitud. Entonces todos los verdaderos y más profundos deseos de los hombres se realizarán por completo. Será entonces cuando Dios pronunciará el juicio de la historia, y la obra de la creación se concluirá.

Tras una vida cristiana auténtica y devota a Cristo, los cristianos, seguros y ciertos de haber caminado por las sendas de la justicia, pueden exclamar con toda su alma:

¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!
¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció la mente del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le ha dado primero para tener derecho a la recompensa? Porque de él, por él y para él existe todo. A él la gloria por los siglos. Amén (Rom 11,33-36).

SIGLAS Y ABREVIATURAS

| | |
|------|---|
| a.C | <i>Antes de Cristo</i> |
| Am | <i>Libro del profeta Amós</i> |
| Ap | <i>Libro del Apocalipsis</i> |
| AT | <i>Antiguo Testamento</i> |
| CIC | <i>Código de Derecho Canónico</i> |
| Col | <i>Carta a los Colosenses</i> |
| 1Cor | <i>Primera carta a los Coríntios</i> |
| 2Cor | <i>Segunda carta a los Coríntios</i> |
| d.C | <i>Después de Cristo</i> |
| Dan | <i>Libro del profeta Daniel</i> |
| DH | <i>Denzinger-Hünemann (Peter)</i> |
| Dt | <i>Libro del Deuteronomio</i> |
| DV | <i>Constitución Dogmatica Dei Verbum del Concilio Vaticano II</i> |
| Eclo | <i>Libro del Eclesiástico</i> |
| Ef | <i>Carta a los Efesios</i> |
| Ex | <i>Libro del Éxodo</i> |
| Ez | <i>Libro del profeta Ezequiel</i> |
| Fil | <i>Carta a los Filipenses</i> |
| Gál | <i>Carta de San Pablo a los Gálatas</i> |
| Gn | <i>Libro del Génesis</i> |
| GS | <i>Constitución pastoral Gaudium et Spes del Concilio Vaticano II</i> |
| Heb | <i>Carta a los Hebreos</i> |
| Hch | <i>Libro de los Hechos de los Apóstoles</i> |
| Is | <i>Libro del profeta Isaías</i> |
| Je | <i>Libro del profeta Jeremías</i> |
| Jn | <i>Evangelio según san Juan</i> |
| Job | <i>Libro del Job</i> |
| Jr | <i>Libro del profeta Jeremías</i> |

| | |
|------|--|
| Jl | <i>Libro del profeta Joel</i> |
| Jue | <i>Libro de los Jueces</i> |
| Lc | <i>Evangelio de San Lucas</i> |
| LG | <i>Constitución pastoral Lumen Gentium del Concilio Vaticano II</i> |
| Mc | <i>Evangelio de San Marcos</i> |
| Miq | <i>Libro del profeta Miqueas</i> |
| Mt | <i>Libro del evangelista Mateo</i> |
| Neh | <i>Libro del profeta Nehemías</i> |
| NT | <i>Nuevo Testamento</i> |
| Núm | <i>Libro de los Números</i> |
| PDV | <i>Exhortación post-sinodal Pastores Dabo Vobis del papa San Juan Pablo II</i> |
| 1Pe | <i>Primera carta de Pedro</i> |
| 2Pe | <i>Segunda carta de Pedro</i> |
| 1Re | <i>Primera carta a los Reyes</i> |
| Rom | <i>Carta de san Pablo a los Romanos</i> |
| 1Sam | <i>Primer Libro de Samuel</i> |
| 2Sam | <i>Segundo Libro de Samuel</i> |
| Sab | <i>Libro de la Sabiduría</i> |
| SC | <i>Constitución Sacrosanctum Concilium del Concilio Vaticano II</i> |
| STh | <i>Suma de Teología de santo Tomás de Aquino</i> |
| Sof | <i>Libro del profeta Sofonías</i> |
| 1Tes | <i>Primera carta a los Tesalonicenses</i> |
| 2Tes | <i>Segunda carta a los Tesalonicenses</i> |
| 2Tim | <i>Segunda carta de Pablo a Timoteo</i> |
| UR | <i>Decreto Unitatis Redintegratio del Concilio Vaticano II</i> |
| VS | <i>Carta Encíclica Veritatis Splendor del papa San Juan Pablo II</i> |
| Zac | <i>Libro del profeta Zacarías</i> |

BIBLIOGRAFÍA

- AROCENA, F. M., *Teología litúrgica*, Ediciones Palabra, Madrid 2017.
- BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est*, [acceso 11-06-2020]. Recuperado de:
http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html
- Biblia Sagrada*, Conferencia Episcopal Española, BAC, Madrid 2017.
- BRIGHT, J., *La historia de Israel*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000.
- CAMELLO V., M. A., *La nueva alianza en Jeremías 31,31-34: un texto enlace de la relación entre los dos testamentos*, Cuestiones teológicas, Medellín 2015 [acceso: 15-04-2020]. Recuperado de:
<http://www.scielo.org.co/pdf/cteo/v42n98/v42n98a08.pdf>.
- Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid 2018.
- Código de Derecho Canónico* [acceso: 13-06-2020] Recuperado de:
http://www.vatican.va/archive/ESL0020/___P3T.HTM
- Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo* (8-XII-1985), Proposición [acceso: 10-06-2020]. Recuperado de:
http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_1985_coscienza-gesu_sp.html.
- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constituciones, Decretos y Declaraciones*, BAC, Madrid 2014.
- COROVILLA, A. (ed.), *La lógica de la fe: manual de Teología dogmática*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2013.
- DE ARAÚJO, G. L., *Arca da Aliança*, EST- Estudos Teológicos, São Leopoldo 2011. [acceso: 15-04-2020] Recuperado de:
http://periodicos.est.edu.br/index.php/estudos_teologicos/article/viewFile/205/224.
- DROLET, G., *Comprender o Antigo Testamento: um projeto que se tornou promessa*, Paulus, São Paulo 2014.
- DUPUIS, J. *Introducción a la Cristología*, Verbo Divino, Pamplona 1994.
- ELLUL, J., *Il fondamento teologico del diritto*, Gabrielli, San Pietro in Cariano, Verona 2012.

- FERNÁNDEZ, A., *Moral fundamental: iniciación teológica*, RIALP, Madrid 2015.
- *Teología dogmática I: introducción a la teología, Cristología, Trinidad, Pneumatología, Mariología*, BAC, Madrid 2015.
 - *Teología dogmática II: creación, antropología, Eclesiología, Sacramentos, Escatología*, BAC, Madrid 2015.
- FLECHA ANDRÉS., J. R., *Teología moral fundamental*, BAC, Madrid 2001.
- GARCÍA LÓPEZ, F., *Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén: Éxodo*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2007.
- *El decálogo*, Colección Cuadernos Bíblicos n. 81, Verbo Divino, Estella 1994.
- GARCÍA PAREDES, J. C. R., *Mariología*, BAC, Madrid 2017.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. *Cristología*, BAC, Madrid 2011.
- HAUKE, M., *Introducción a la Mariología*, BAC, Madrid 2015.
- HÜNERMANN, Peter, *Compêndio dos símbolos, definições e declarações de fé e moral da Igreja Católica*, Loyola, São Paulo 2003.
- IZQUIERDO, C. *La revelación de Dios como misterio y como don*, [acceso 17-06-2020]. Recuperado de <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/6339/1/CESAR%20IZQUIERDO.pdf>
- JUAN PABLO II, *Encíclica Veritatis Splendor*. [acceso 14-06-2020] Recuperado de http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_06081993_veritatis-splendor.html
- KASPER, W., *Jesús, el Cristo, Sígueme*, Salamanca 1978.
- KONINGS, J., *A Bíblia, sua origem e sua leitura*, Vozes, Petrópolis 2014.
- LADARIA, L. F., *Introducción a la Antropología Teológica*, Verbo Divino, Estella 1993.
- *Teología del pecado original y de la gracia*, BAC, Madrid 1993.
- LIENHARD, J. T., *La Biblia commentata dai Padri: Antico Testamento 2 – Esodo Levitico, Numeri, Deuteronomio*, Città Nuova, Roma 2003.
- LORDA, J. L., *Antropología Teológica*, EUNSA, Pamplona 2009.
- LOZA, J., *Comentario a la nueva Biblia de Jerusalén: Génesis 12-50*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2007.
- NELSON, W. T., *Diccionario Ilustrado de la Biblia*, Caribe, Nashville 1977.
- PANNENBERG, W., *Fundamentos de Cristología*, Sígueme, Salamanca 1974.
- PONTIFICIA COMMISSIONE BIBLICA, *Che cosa è l'uomo? un itinerario di antropologia biblica*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2019.
- PONTIFICIO CONSEJO DE JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, BAC, Madrid 2016.
- RATZINGER, J., *Escatología*, Herder, Barcelona 2012.
- *Pecado y Creación*, EUNSA, Pamplona 2005.
- RENAUD, B., *La alianza en el corazón de la Torá*, Colección Cuadernos bíblicos n. 143, Verbo divino, Estella 2009.

- RUIZ DE LA PEÑA, J. L., *Teología de la creación*, Sal Terrae, Santander 1988.
- *Imagen de Dios: Antropología teológica de la creación*, Sal Terrae, Santander 1996.
- SANTO AMBRÓSIO DE MILÃO, *Examerão*, Paulus, São Paulo 2009.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología, I Parte I*, BAC, Madrid 2001.
- SCHNEIDER, T., HILBERATH, B. J., KESSLER, H., MÜLLER, A., NOCKE, F. J., SATTLER, D., WERBICK, J., WIEDENHOFER, S., *Manual de teología dogmática*, Herder, Barcelona 1996.
- SURIAN, F. E., *Teologia da aliança e sua relação com a dignidade humana*, PUC-SP, São Paulo 2011 [acceso: 15-04-2020], <https://tede2.pucsp.br/bitstream/handle/18280/1/Francisco%20Emilio%20Surian.pdf>
- THEISSEN, G., MERZ, A. *El Jesús Histórico*, Sígueme, Salamanca 1999.
- TILLICH, P., *Teología Sistemática*, EST & Sinodal, São Leopoldo 2005.
- VON RAD, G., *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca 1982.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN | 1 |
| 1. Las primeras alianzas de Dios, desde Noé hasta Abrahán..... | 3 |
| 1.1. Creación e imagen de Dios | 3 |
| 1.2. Pecado de los orígenes y desarrollo de la violencia en la historia humana | 6 |
| 1.3. Alianzas con Noé y con Abrahán..... | 8 |
| 2. La Alianza del Sinaí | 11 |
| 2.1. El anuncio de la Alianza con Israel..... | 12 |
| 2.2. La teofanía de Dios en el Sinaí | 14 |
| 2.3. La entrega de la ley | 14 |
| 3. La vivencia en la alianza a lo largo de la historia de Israel | 17 |
| 3.1. Los Patriarcas | 18 |
| 3.2. Los jueces | 19 |
| 3.3. La monarquía..... | 20 |
| 3.4. Los profetas | 23 |
| 4. La nueva Alianza..... | 25 |
| 4.1. La promesa de la Nueva Alianza | 26 |
| 4.2. Los relatos eucarísticos del NT | 27 |
| 5. El Dios de la Alianza es Trinidad | 31 |
| 5.1. La revelación de Dios en la antigua alianza..... | 32 |
| 5.2. El misterio pascual: Revelación plena de la Trinidad..... | 33 |
| 6. La alianza de Dios con su Iglesia..... | 36 |
| 6.1. La Iglesia como ámbito y ayuda a la vivencia de la vocación a la santidad | 38 |

| | |
|---|----|
| 6.2. La Virgen Santísima, modelo de creyente | 41 |
| 7. La nueva humanidad | 43 |
| 7.1. Ser en Cristo | 44 |
| 7.2. La habitación Trinitaria..... | 46 |
| 8. La liturgia y los sacramentos de la Nueva Alianza | 48 |
| 8.1. El misterio celebrado en la liturgia | 50 |
| 8.2. Los Sacramentos: comunicación de la gracia divina | 51 |
| 9. La moral de la Nueva Alianza..... | 56 |
| 9.1. El mandato del amor | 58 |
| 9.2. Las virtudes | 59 |
| 10. La consumación de la Nueva Alianza en los cielos nuevos y en la tierra nueva | 63 |
| 10.1. La resurrección de la carne | 65 |
| 10.2. El juicio de la historia | 68 |
| CONCLUSIÓN | 70 |
| SIGLAS Y ABREVIATURAS | 73 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 75 |
| ÍNDICE | 78 |